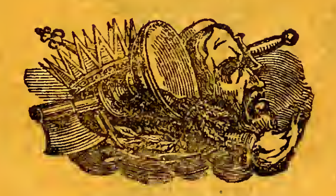
EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DEUDAS DE LA CONCIENCIA.

DRAMA EN TRES ACTO Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1860.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de losaños mil:..
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aqui está' un moso é verdá.
Abnegacion y nobelza.
Amores perdidos.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos
Baltasar.
Barómetro conyugal.
Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Viseo,
Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes, segunda parte
Diana de Sau Roman.
D. Tomás.
D. Pedro I de Castilla.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la conciencia.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea
El querer y el rasear....
El hombre negro.
Entre dos amigos...
El padre de los pobres.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de W eber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Pláclido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque
El rey de bastos.
El protegido de las nubes.
¡Es una malva!
En Ceuta y en Marruecos.
El movimiento continuo.
El marqués y el marquesito.
El portero es el culpable.
El onceno no estorbar.
Espinas de una flor.
Flores y perlas.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Francisco Pizarro.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspe
Herencia de lagrimas.
Honrado y criminal á un tie
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José Maria.
La Torre de Lóndres.
La Luna de Hiel.
La union en Africa.
Los Amantes de Chincho
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español
La linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experienc
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado
Las querellas del Rey Sabi
La oracion de la tarde.
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La cruz en la sepultura.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.

DEUDAS DE LA CONCIENCIA,

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Ego sum Dominus Deus tuus, fortis, zelotes, visitans iniquitatem patrum in filios, in tertiam et cuartum generationem eorum qui oderunt me.

Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, zeloso, que visito la iniquidad de los padres, sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.
(*Sagrada Biblia.* Exodo, cap. XX, vers. 5.)

Representado por primera vez en Barcelona en el teatro del Circo barcelonés el dia 26 de Julio de 1860, á beneficio de la Sra. Doña Matilde Diez, y en Madrid en el teatro del Príncipe el dia 16 de Octubre del mismo año.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

REPARTO DE BARCELONA.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ANA DE GUZMAN, 45 años	Sra. Doña Matilde Diez.
DOÑA MARIA RUIZ DE ANDRADE, 26	Cándida Dardalla.
JUAN DE LORENZANA, 24	Don Manuel Catalina.
DON LORENZO RUIZ DE ANDRADE, 60	Antonio Munné.
DON FÉLIX	Juan Catalina.
UN ALCALDE	José Guerrero.
LEBREL, alguacil	José Dardalla.
VALDIVIA, criado	N. N.
MARTA, dueña	Sra. Mirambel.
MÓSTOLES, rodrigon	N. N.
AGUADO, tabernero	N. N.
CARRANZA	N. N.
UN PASTOR	Don Manuel Dardalla.
UN CUADRILLERO	
UNA MUJER	
HOMBRE 1.º	
IDEM 2.º	

Damas, caballeros, pajes, hombres y mujeres del pueblo, cuadrilleros, alguaciles.

Epoca: reinado de Cárlos V.—1534.

Lugares de la accion.

Primer acto. Sotillo de Santana, cerca de Sevilla.

Segundo acto. Quinta del Asistente de Sevilla, próxima á la ciudad.

Tercer acto. Un panteon, en un monte, á la entrada de Sierra-Morena, cerca de la villa de Cazalla.

REPARTO DE MADRID.

PERSONAJES.	ACTORES
DOÑA MARIA.........	Sra. D.ª Teodora Lamadrid.
DOÑA ANA...........	Adela Alvarez.
JUAN DE LORENZANA.	Don Pedro Delgado.
DON LORENZO........	José Calvo.
DON FELIX...........	Manuel Pastrana.
UN ALCALDE.........	Juan Casañé.
AGUADO..............	Mariano Fernandez.
MARTA................	Doña Balbina Valverde.
LEBREL...............	Don José Alisedo.
UN PASTOR...........	Pedro Montaño.
VALDIVIA.............	Joaquin Cabello.
MÓSTOLES............	José Bullon.
CARRANZA............	Eduardo Molina.
HOMBRE 1.º..........	Isidro Melgarejo.
IDEM 2.º..............	Manuel Vera.
UNA MUJER..........	N. N.
UN CUADRILLERO....	N. N.

ACTO PRIMERO.

El sotillo de Santa Ana en Sevilla: á derecha é izquierda árboles: en segundo término el Guadalquivir: al fondo campo, que se pierde en lontananza: á la derecha del actor, en primer término, una ermita con puerta practicable, sobre tres gradas: á la derecha un ventorrillo, con emparrado encima de la puerta, y esta practicable: bajo el emparrado una mesa y sillas: en el centro de la escena una cruz de piedra sobre tres gradas, alumbrada por un farol. Es de noche y alumbra la luna.

ESCENA PRIMERA.

HOMBRES y MUJERES del pueblo á la puerta del ventorrillo bebiendo, cantando y bailando.

(Cantan.) Eche vino á sus penas
quien las tuviere,
y busque unos amores
de quince á veinte;
que vino y moza
son el mejor consuelo
para quien llora.

ESCENA II.

DICHOS, LEBREL, por la izquierda.

LEB. Por el rey nuestro señor,
que Dios guarde y que bien haya;

son las once de la noche;
cada mochuelo á su casa:
los que beben que no beban,
que no bailen los que bailan,
que asi, en el nombre del rey,
el Asistente lo manda.

HOMB. 1.º Mire ucé, señor ministro,
que es de san Juan la velada
y que en paz nos divertimos.

LEB. Á divertirse á la cama.

HOMB. 2.º Otros años no fué asi.

LEB. Calle el necio enhoramala
y á la justicia respete.

HOMB. 1.º Tengamos en paz las pascuas
y váyase el alguacil,
ó deje seguir la danza,
si no quiere que le adove
á cintarazos la espalda.

LEB. ¡Cómo se entiende! ¡á mí fieros!
¡yo te lo diré, canalla!
¡Favor al rey!

TODOS. ¡Fuera! ¡fuera!

UNA MUJ. ¡Cogedle y con él al agua!

LEB. ¡Ay de mí, que esto vá sério!
¡La penitente me valga!
¡Ah de la ermita! ¡Socorro!

TODOS. ¡Fuera! ¡Fuera!

LEB. ¡Que me matan!

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA ANA, en la puerta de la ermita.

ANA. ¿Qué es esto? ¿quién grita asi?

TODOS. ¡La penitente! ¡la santa!

ANA. ¿Qué sucede?

HOMB. 1.º Este alguacil.

LEB. Esta gente...

HOMB. 1.º Se empeñaba...

LEB. En nombre del rey mandéles...

HOMB. 1.º No, señora; es él quien manda.

ANA. ¿Qué es ello?

LEB. Que el Asistente
quiere que todos se vayan
de este sitio, que es oscuro
y apartado: esta es la causa
de que se atrevan...

ANA. Id, hijos:
lugar teneis en Triana
donde esparciros.

HOMB. 1.° Iremos
porque vuesarced lo manda,
que si no...

ANA. Yo os lo suplico.

HOMB. 1.° ¡Vuestra mano!

ANA. Basta, basta:
Idos. Vos no: hablaros quiero. (Á Lebrel.)
(Todos se van por la izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA ANA, LEBREL.

LEB. No alcanzaron amenazas
ni temores lo que vos
lograis con una palabra.

ANA. Logra mas quien ruega humilde
que quien soberbio demanda.
Nuestras antiguas costumbres
debieran ser respetadas,
y en la noche de san Juan
es costumbre que se esparzan
las gentes por donde quieran;
pero dicen que se ensaña
de tal modo el Asistente
con todos...

LEB. Hablando en plata,
aunque el Asistente es duro
como una piedra, la causa
de lo que aqui ha sucedido
es mi suerte desdichada,
que en un apuro me ha puesto.
En vos tengo confianza,
que nos conocemos harto.

ANA. Harto, si: por mi desgracia.
LEB. Habeis de saber, señora,
que esta tarde fué á mi casa
un maldecido embozado
de negra y terrible facha,
que me dijo con voz ronca
aquestas breves palabras:
«Vete esta noche á las once
»al sotillo de Santa Ana,
»echa la gente que hubiere,
»quédate solo, y aguarda.
»Si cumples, bien tendrás oro;
»si no cumples, Dios te valga.»
Dióme un empujon: la mano
llevó al puño de la daga;
miróme torvo: salióse,
y ya tiene ucé contada
la historia que aqui me trajo
á echar esa gente brava,
que si no es por vos, me coge
y *velis nolis* me baña:
que Dios os pague el favor
que me habeis hecho, doña Ana.
ANA. Hicisteis mal: no lo hagais
otra vez. Necesitaba
veros.
LEB. ¿Para qué?
ANA. Esta tarde
he recibido una carta
de mi hijo.
LEB. ¿Y qué os escribe
el buen Juan de Lorenzana?
¿Cómo le vá en el Perú?
ANA. Le espero.
LEB. ¡Se vuelve á España!
LEB. Me dice que al mismo tiempo
debe llegar que la carta.
ANA. Pues entonces ya está aqui.
Hace mal: ¡que Dios le valga!
Y decidme: ¿se ha venido
el tal escrito sin alma?
ANA. ¡Alma llamais al dinero!

LEB. ¡Si!
ANA. Tomad.
LEB. ¡Una libranza!
ANA. De cuatrocientos ducados:
id á cobrarlos mañana.
LEB. ¡Para darlos á los pobres!
ANA. No necesito de nada
sino de las oraciones
de los pobres por mi alma.
LEB. Harto habeis llorado.
ANA. En balde,
que un mar de llanto no basta
para aplacar á los cielos
que me castigan.
LEB. Por santa
os tiene Sevilla toda.
ANA. Toda Sevilla se engaña.
Y os dejo, ya que aguardais
al sujeto que os encarga
le espereis aqui. Adios, pues:
venid á verme mañana.
(Entra en la ermita.)

ESCENA V.

LEBREL.

¡Magdalena arrepentida!
Todas cuando se las pasa
la juventud son asi:
lloran, rezan, se atragantan,
se desesperan: ¡y aquesta!
madre de un tal hombre y... ¡santa!
¡y no ha mucho que era diablo!
¡Asi á la gente se engaña!
Mas ¡calle! Surcando el rio
hácia aqui viene una barca
que á la ribera se arrima
y frente al sotillo para.
Dos hombres en ella vienen,
y el uno á la orilla salta.
¿Si será quien me ha citado

en el sotillo?

ESCENA VI.

JUAN, CARRANZA, LEBREL.

JUAN. Carranza,
atento vete á esperar
á que llegue, y en llegando,
pues que la estoy aguardando,
al punto venme á avisar.
(Se vá Carranza por la izquierda, y la barca desaparece.)

ESCENA VII.

JUAN, LEBREL.

LEB. ¡Válgame el cielo! ¿qué oí?
Mas no es él: sospecha vana,
que á ser Juan de Lorenzana,
no le esperara yo asi.
JUAN. ¡Lebrel!
LEB. Por ligero y listo
asi me llama la gente.
JUAN. ¿Estamos solos?
LEB. Patente
lo estais viendo.
JUAN. ¡Vive Cristo,
que tiemblas!
LEB. ¡Ca! no señor:
¡es que corre un vientecillo
por la noche en el sotillo!...
JUAN. Viene bien, que hace calor.
En otros tiempos habia
un hombre en Sevilla suelto,
que á todo el mundo revuelto
y amedrentado tenia.
LEB. Pero el tal despareció.
JUAN. Es verdad: pero aparece
de nuevo.
LEB. Y... ¿qué se le ofrece?

JUAN. Lo que antes se le ofreció.
¡Pagaba bien!

LEB. Cosa es llana.

JUAN. ¡Mataba!

LEB. Tambien es cierto.

JUAN. ¿Quieres ser rico ó ser muerto?

LEB. Señor Juan de Lorenzana,
si en otro tiempo os serví,
si de todo os avisé,
si á las rondas engañé
y si jamás os vendí,
como entonces, claro está,
que os serviré á maravilla.

JUAN. ¿Qué acontece por Sevilla?

LEB. Nada nuevo hay por acá
desque ucé despareció;
nadie mata ni atropella
ni casada ni doncella:
como el humo se perdió.
Las rondas rondan asaz
sin que nadie las inquiete,
y si alguien mata á un pobrete
le ahorcamos en santa paz.
Pero habiendo vos venido,
adios paz y adios contento:
yo por las rondas lo siento.

JUAN Vengo, Lebrel, convertido,
y si pudiera borrar
aquel mal tiempo pasado...

LEB. Lo que pasó está enterrado.

JUAN. Lo pueden desenterrar.
Nadie me conoce aquí:
tú solo puedes, Lebrel,
venderme, siéndome infiel:
si me vendes ¡ay de tí!
Hoy la frente puedo alzar
sin temor ante la ley,
que soy alférez del rey
y corsario de la mar:
en tu silencio confio,
que andar por Sevilla quiero
como honrado y caballero.

LEB. Yo os juro el silencio mio.
JUAN. Y basta, Lebrel, por hoy:
mañana tal vez te pida
un favor.
LEB. Con alma y vida.
JUAN. Véte y calla.
LEB. Vuestro soy.
(Se vá por la izquierda.)

ESCENA VIII.

JUAN.

¡Solo al fin! Arde mi frente
y mi corazon se agita:
mi madre en aquella ermita
tal vez me aguarda impaciente.
Yo no sé por qué mi planta
duda esa puerta en pasar:
vengo mi madre á buscar,
y el encontrarla me espanta.
Y es fuerza, que de ella aguardo
cuanto anhela el amor mio:
no sé por qué desconfio,
no sé por qué en verla tardo.
La abandoné á su dolor,
sin verla ciego partí,
y es que tras la suerte fuí
para alzarme hasta mi amor.
Oro tengo; mas el hombre
ignoro que me dió el ser:
quiero su nombre saber,
y vengo aqui por mi nombre.
¡Ea, valor!... ¡si se irrita!...
¡Es madre!... ¡me escuchará!...
Pero una sombra... si... allá...
en el fondo de la ermita
se mueve, y en paso lento
se aproxima silenciosa.
Alumbra una luz medrosa
su semblante macilento...
Es mi madre... es ella... si...

apenas puedo alentar.
Madre...

ESCENA IX.

JUAN, DOÑA ANA, apareciendo en la puerta de la ermita, y descendiendo lentamente por la graderia.

ANA. No puedes entrar
sino penitente aqui.
¿Qué me quieres?
JUAN. Yo... mi amor...
ANA. ¡Ah! ¡si, tu amor! ¡cuán extraños
sus efectos! há tres años
que apurando mi dolor,
sin hijos, sin esperanza,
lentamente allí muriendo,
(Señalando á la ermita.)
estoy el rayo temiendo
de la celeste venganza.
No sé por qué al verte aqui
me estremezco, no lo sé.
JUAN. Nunca, madre, os olvidé;
cuando pude os escribí;
oro tuvisteis...
ANA. ¡Impio!
¿qué bien fuera semejante
al gozo de ver amante
á mi lado al hijo mio?
¿Cómo á una madre decir:
ingrato os abandoné,
mas no importa: os envié
dinero con que vivir?
¿Ni cómo escuchar con calma
que á una madre la dan oro
para que seque su lloro,
para que alimente el alma?
JUAN. Madre, olvidais el cariño
con que crecí á vuestro lado!
ANA. Es que el hombre me ha robado
el cándido amor del niño.
JUAN. Nace el hombre para amar.

ANA. Tambien para agradecer,
y por tí he llegado á ser
lo que no llegué á soñar.
JUAN. Es cierto, mas hoy cual santa
os miran y van tras vos:
dicen todos que está Dios
allí dó llevais la planta,
y yo madre...
ANA. ¿Qué eres tú?
JUAN. El soldado mas bizarro
que con Francisco Pizarro
ha lidiado en el Perú.
Á buscaros vine aqui,
no quereis que os halle en vano.
ANA. ¿Y has cruzado el Oceano
tan solo por verme á mí?
¿Comprendiste lo bastante
que era ingrato, horrible, fiero,
dar convertido en dinero
tu amor á tu madre amante?
¿Viniste á buscarme, di?
JUAN. Por vos vine y por mi amor.
ANA. ¡Amas!
JUAN. Con todo el ardor
del alma.
ANA. ¿Á quién?
JUAN. ¡Ay de mí!
á una dama.
ANA. Hiciste mal,
si es cual dama honrada y pura.
JUAN. La dió el cielo su hermosura
y su encanto virginal.
ANA. ¿Y ella?
JUAN. Me adora.
ANA. ¿Y no sabe?...
JUAN. Hidalgo para ella he sido.
ANA. Al amarla has cometido,
Juan, tu delito mas grave.
¿De tí qué puede esperar
esa mujer desdichada?
JUAN. Ser mi esposa idolatrada.
ANA. ¿Y qué nombre le has de dar?

JUAN. El nombre del padre mio
que vos me direis.

ANA. (Aterrada.) ¡Tu padre!
¡su nombre!

JUAN. Su nombre, madre,
debe ser noble, lo fio.

ANA. Juan, de una madre la historia
es para un hijo sagrada.

JUAN. Mi pasiòn desesperada
anhela una ejecutoria,
y vos la teneis.

ANA. ¡Yo!

JUAN. Vos.

ANA. ¿Quién te ha dicho?...

JUAN. En mí lo muestro,
por mi padre ó por el vuestro
soy hidalgo, ó por los dos.
Perdonad mi anhelo impio.
¿Quién fué mi padre?

ÁNA. ¡Tu padre!
¡Sin ser esposa fuí madre!
¡Dios te perdone, hijo mio!

JUAN. ¡Ah! decid quién es el hombre
que os burló é iré á buscarle,
á pedirle ó á arrancarle,
si es necesario, un nombre!

ANA. ¡Buscarle!

JUAN. ¿Acaso murió?

ANA. No he sabido de él qué fué
y anhelante le busqué
cuando vil me abandonó.
¡Una prenda me robaba
de mis entrañas, huia
llevándose la hija mia,
mientras con ella soñaba!

JUAN. ¡Madre! ¡jamás he sabido
que yo una hermana tuviera!

ANA. Es esta la vez primera
que mi historia me has pedido:
en tu juventud insana
jamás inquiriste ansioso
si fué tu padre mi esposo,

JUAN. ¿Y vive, decid, mi hermana?
ANA. ¡Ay! ¡lo ignoro! la perdí:
una noche desperté
y á mi lado no la hallé:
dejé el lecho: revolví
la casa, de terror yerta,
y á tu padre no encontrando,
á mi hija infeliz buscando,
me hallé en la calle desierta:
y contigo, aun no nacido,
en mi seno desdichado,
en busca fuí del malvado
que mi desventura ha sido.
No le hallé, y en mi agonia
seguí buscándole fiera,
cual la furiosa pantera
á quien robaron su cria.
Y en cada pueblo á do fuí
una niña no encontré
que anhelante no miré...
¡y nunca á mi prenda ví!
Despues... mi historia de horror
comprende, y por qué esa historia
ha guardado mi memoria
sepultada en mi dolor.
¡Mi nombre! Cuando se infama
la nobleza desparece,
que ser noble no merece
quien amancilla su fama:
y pues yo la amancillé,
aunque me exponga á enojarte,
no tengo nombre que darte,
y no he de dártele á fé.
JUAN. Madre, mi desdicha impia
mirad, mi suerta afanosa.
ANA. No puedes tener esposa.
JUAN. ¿No y la adoro, madre mia?
ANA. Juan, á la que honesta y dama
es del mundo pura estrella,
no te acerques, que tu huella
allí do asienta allí infama.
JUAN. ¿Y en dónde el camino abierto

á la infamia hallé?
ANA. ¡Ay de mí!
JUAN. Infame á la luz nací,
á la virtud nací muerto.
ANA. ¡Juan!
JUAN. Virtud no me pidais
que vos no supisteis darme:
ved, madre, que al acusarme,
á vos misma os acusais...
ANA. ¡Ah, qué horror! Mas debe ser...
no, no te puedo culpar...
la madre debe pagar
las deudas de la mujer:
no debe tener buen hijo
la que infame, la que odiosa
abrió liviana la fosa
del padre que la maldijo.
JUAN. ¡Madre!
ANA. ¡No tengo... hijos... yo!...
JUAN. Vuestra faz empalidece,
vuestra vista se oscurece.
¡Madre! ¡No me escucha!... ¡Oh!!
desmayada... ¡Madre mia!
No la puedo abandonar
en tal estado: si llega
en tanto el ángel de paz
por quien á Sevilla vengo...
¡Ah! pero allí me abrirán:
el oro todo lo allana.
¡Ah de la casa!

ESCENA X.

JUAN, DOÑA ANA, AGUADO, dentro.

AGUADO. ¿Quién vá?
JUAN. Abrid á un hidalgo.
AGUADO. Pase,
que aqui duermen.
JUAN. ¡Voto á tal!
Abrid á un doblon de oro.
AGUADO. Espere un poco, allá van.

JUAN. Es que tengo prisa, y mucha.

AGUADO. (Abriendo la puerta y saliendo.)
¡Un soldado! ¡perdonad!

JUAN. Ayudadme á socorrer
á una mujer que allí está
al pie de la cruz tendida.

AGUADO. ¡Aventuras de san Juan!

JUAN. Venid presto.

AGUADO. ¡Oh qué desdicha!
(Viendo á Doña Ana.)
La penitente y mortal... (Examinándola.)
La persigue la desgracia.
¡Si al fin es madre de Juan,
de un tal Juan de Lorenzana,
de quien se canta un cantar!...

JUAN. ¡Eh! ¿qué decis?

AGUADO. Digo... pues...
que todo le sale mal
por las culpas de su hijo.
¿Mas qué fué aquesto?

JUAN. Al llegar
la hallé asi...

AGUADO. Pues, como dije,
el hijo de esta fué tal
que le han sacado cantares.

JUAN. ¡Qué insoportable charlar!
¡Ayudadme! (Levantando á Doña Ana.)

AGUADO. ¡Si os ayudo!
Mas me parece que ya
vuelve en sí, ¡gracias á Dios!

ANA. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? ¡Juan!...
(Viendo á Juan.)
(¡No está solo!) Aguado, gracias;
gracias, señor.

AGUADO. ¡Pesi á tal!
Venid á mi casa, madre,
mi mujer os cuidará
y yo: os estimamos.

ANA. Gracias.

AGUADO. Hidalgo, con Dios quedad,
y si os agrada el buen vino,
yo le tengo principal.

JUAN. Si, pardiez... volved... espero.
(Señora, con vos se vá
mi alma entera.)

ANA. Que os proteja
el Señor. (*Váse.*)

AGUADO. Vuelvo. Esperad,
merece el vino la espera. (*Váse.*)

ESCENA IX.

JUAN.

Si... si... ¡bien! quiero anegar
en la embriaguez mis dolores;
de mi vida los horrores
quiero un momento olvidar.
Maldito de Dios acaso
todo mi afan lo atropella;
y dejo la horrible huella
del dolor tras de mi paso.
Hoy un amor infinito
mi abrasado pecho inflama,
y de su fuego á la llama
me causa horror el delito.
Y tengo miedo ¡ay de mí!
y no me atrevo á esperar
que Dios quiera perdonar
por lo que soy lo que fuí.

ESCENA XII.

JUAN, AGUADO, saliendo de la casa con vino en un jarro y un cubilete en unabandeja.

AGUADO. Mi mujer, que es bachillera,
me ha dicho, y yo lo aseguro,
que la dolencia es ligera.
Aqui está el vino, y es puro
aunque es vino de ribera,
que pese á mi nombre, Aguado,
segun lo que yo imagino,
es un muy feo pecado

vender vino bautizado,
que es al fin ni agua ni vino.

JUAN. ¡Hablador sois!

(Sentándose, llenando un cubilete y bebiendo: Aguado permanece de pié.)

AGUADO. Es hablar
obligacion del vender.

JUAN. ¿Quereisme, pardiez, contar,
lo que dice en el cantar
del hijo de esa mujer?

AGUADO. Es el cantar una historia
muy breve y muy peregrina.
Yo me la sé de memoria:
hay del tal en cada esquina
de Sevilla ejecutoria.

JUAN. ¡Tan malo fué!

AGUADO. Ni Cain.

JUAN. ¿Y no le ahorcaron?

AGUADO. Fué vana
toda pesquisa: el ruin
burló á todos.

JUAN. Venga al fin
la historia de Lorenzana.

AGUADO. Tristes padres le abortaron,
que en mal hora le tuvieron;
sus verdes años pasaron
sin mirar de dó vinieron,
sin mirar á dó pararon:
de san Juan en la velada
la noche al mediar nació,

(Empiezan á dar las doce en el reloj de la Giralda. Juan deja de beber y se quita el sombrero sorprendido y conmovido al escuchar la primera campanada. Cuando concluyen de dar las doce se cubre y continúa escuchando abatido á Aguado y sin beber mas.

y su madre acongojada,
mirándose abandonada,
á san Juan le encomendó.
Y Juan al niño pusieron
cuando al niño bautizaron;
sin apellido le vieron,
y de sus padres tomaron

los nombres, y se le hicieron.
Lorenzo de no sé qué
fué el padre, y la madre Ana;
con los dos nombres, á fé,
el apellido hecho fué,
y se llamó Lorenzana
Triste pecho le crió,
pan de llanto fué su pan,
abandonado vivió,
y para el crímen creció,
sin miedo á los cielos, Juan.
Era gallardo y gentil,
y de quimera en quimera
corriendo en su torpe abril,
no hubo en Sevilla alguacil
que á prenderle se atreviera,
ni moza que le mirara
que de amor triste tributo
á su audacia no pagara,
ni lugar en donde entrara
sin dejarle llanto ó luto.
Si en la noche tenebrosa
hallaba la ronda un hombre
muerto por mano alevosa,
nunca preguntaba el nombre
del causante de tal cosa.
Y si la espada tirana
el corazon le rompió,
era diligencia vana
preguntar quién le mató,
que fué Juan de Lorenzana.
Si una madre al despertar
junto á sí su hija no viendo
ansiosa la fué á buscar
y no la pudo encontrar
porque se fué su hija huyendo,
y halló abierta la ventana,
y marchitá alguna flor
perdida por la liviana,
de aquel percance el autor
era Juan de Lorenzana.
Mas llegó feliz un dia

en que muertos no se hallaron
durante la noche fria,
ni á las madres la alegria
de sus entrañas robaron,
y mucho tiempo pasó:
nadie á nadie rigoroso
entre tinieblas mató,
ni de doncellas sonó
ningun robo escandoloso.
Y con tan nueva quietud
Sevilla alegre y ufana,
de un milagro por virtud,
creyó dentro el ataud
al terrible Lorenzana.
Quién dijo se lo llevó
el diablo: quién, si algun fiero
con quien de noche topó,
de los infiernos le abrió
el camino con su acero:
quién, no habiéndose encontrado
su cadáver, creyó loco,
que por el cielo llamado,
de sus crímenes cansado
y el mundo teniendo en poco,
su mala vida á enmendar
en el claustro se encerró;
y alguno de buen pensar
dijo: váyanle á buscar,
que cuando mas se perdió,
y bien puede suceder
que de un dia al otro dia
vuelva el lobo á aparecer:
dos blancas apostaria
á que se le vuelve á ver.
En fin, Sevilla ganó
con no saberse del mozo,
que del todo se perdió,
cual gota que al mar cayó,
cual piedra arrojada á un pozo.
Esa es la historia del tal
que quedó sin concluir:
tres años hará .. cabal...

que se fué, y hará muy mal
si se le ocurre en venir:
que hay un Asistente ahora
que es capaz de echar el guante
al lucero de la aurora:
como entrecoja delante
al tal mozo, le devora.

JUAN. (Volviendo de su abatimiento, y poniéndose de pié.)
¿Con que el Asistente es tal
y tan bravo?

AGUADO. Es un leon.

JUAN. Pues Dios le libre de mal,
si cual hombre principal
es hombre de corazon.
Tomad por lo relatado,
(Dándole dinero)
que... mucho me ha divertido.

AGUADO. Quédoos, señor, obligado.

JUAN. Entrad y tener cerrado
como la puerta el oido.
Y la penitente...

AGUADO. Hablad.

JUAN. Cual si vuestra madre fuera,
junto á su lecho velara.

AGUADO. Velaré la noche entera.

JUAN. Id con Dios.

AGUADO. Con él quedad. (Váse.)

ESCENA XIII.

JUAN, CARRANZA, que ha aparecido poco antes por la izquierda.

JUAN. Á tiempo vienes, ¿qué hay?

CAR. El rodrigon y la dueña
han venido y ahí estan.

ESCENA XIV.

DICHOS, MARTA, MÓSTOLES por la izquierda del fondo.

MOST. Dios de su mano nos tenga
y de este enredo nos saque.
¡Si el Asistente se entera!
MARTA. Callad, Móstoles, por Cristo,
que siempre pecais de lengua.
Dejadme á mí que yo soy
doctoras en estas materias.
¿Sois vos, señor, quien aguarda? (Á Juan.)
JUAN. Quien aguarda y se impacienta:
hazte atrás, mi buen Carranza.
MARTA. Haced, Móstoles, afuera.
JUAN. Hablad, pues.
MARTA. Guárdeos el cielo:
dejad, señor, que me ofrezca
á vuestras plantas.
JUAN. Mercedes.
(Me huele á bruja esta vieja.)
MARTA. Esta tarde recibió
mi señora vuestra esquela:
alegróse, lloró luego,
cosas del amor son estas;
quien bien ama tarde olvida,
que contra amor no hay ausencias
y por fin...
JUAN. Al fin vengamos,
que me acaba la impaciencia.
¿Por qué no vino?
MARTA. ¡Ha venido!
junto al sotillo se queda
en el coche...
JUAN. Pues si vino,
llevadme al momento á verla.
MARTA. ¡Móstoles!
MOST. ¡Señora Marta!
MARTA. Id cuanto podais apriesa:
decid á doña Maria
que aqui el hidalgo se encuentra

que ya sabe, y que la aguarda
para hablarla en mi presencia.
Id pardiez, que el tiempo corre.
¡Uf, qué plomo!

MOST. Voy... (Dios quiera
sacarnos en paz.) Al punto...
volando... ¡Mal hayan dueñas!
(Váse por la izqnierda.)

ESCENA XV.

DICHOS, menos MÓSTOLES.

MARTA. Sabeis que doña Maria
cuanto es hermosa es honesta,
y no consiente en hablaros
sino un momento en presencia
de Móstoles que es un poste;
de mí que soy una piedra:
¿eh? que luego no tengamos
novedades... que quien juega
limpio.. ¿estamos? ¿pues? ¿me explico?

JUAN Descuidad, honrada dueña.
(Dándole una sortija.)

MARTA. Sois discreto y me entendisteis.

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA MARIA, MÓSTOLES por la izquierda.

JUAN. Idos, pardiez, que se acerca.

MARTA. Voy á rezar á la ermita.
¡Móstoles, venid!

MÓST. ¡Dios quiera!...

MARTA. Entrad y rezad.

MÓST. Si haré,
que pecamos.

MARTA. ¡Uf! ¡qué pelma!
(Entran en la ermita.)

ESCENA XVII.

JUAN, DOÑA MARIA.

MARIA. ¡Juan! ¡mi Juan!
JUAN. Mi ensueño hermoso,
mi dulce adorada prenda,
al fin venzo en mi contienda
contra el hado rigoroso.
MARIA. Te estoy viendo y me parece
mentira, ensueño, locura.
JUAN. Descubre la frente pura
que el negro manto oscurece.
MARIA. ¡Ay! que mi belleza fué
agostada flor temprana:
pasó como sombra vana,
con mi llanto la quemé.
JUAN. ¡Oh incomparable ventura!
¡Oh suerte á la fin piadosa!
la dejé pura y hermosa
y la encuentro hermòsa y pura.
MARIA. Si... mas pálida aparece
lenta fiebre en mi semblante.
JUAN. ¡Oh! bien haya la que amante
por su amor empalidece,
no es palidez, es fulgor
el que tu rostro ilumina.
MARIA. Mi triste existencia mina
agudo, intenso dolor.
¡Tres años de tí apartada!
¡tres años, oh Dios Clemente,
fijas el alma y la mente
en una dicha anhelada!
¡y tres años de recelos
de dudas y de temores!
JUAN. ¿Dudaste de mis amores?
¿Maria, tuviste celos?
MARIA. Es el amor receloso
y de todo teme y duda.
Cuando en la tormenta ruda
el hondo mar proceloso

sus negras olas hinchaba,
amenazando con ellas
sumergir á las estrellas
y en las rocas se estrellaba;
yo entre las olas te via
helado, pálido, muerto,
y al horror mi pecho abierto
de angustia y de afan moria.
Cuando en la noche serena,
la mar tranquila, indolente,
reflejaba blandamente
la luna, de encanto llena;
en esas horas de calma
en que tierra, mar y cielo
brindan un dulce consuelo
inspirando amor al alma;
cuando la brisa venia
leve, fresca, vagorosa,
y besaba silenciosa
mi frente, que loca ardia,
yo el espíritu doliente
mares y espacios salvando,
llevaba, tu amor buscando,
al indiano continente,
y le hallaba en mi temor
celosa, tal vez insana,
á las plantas de una indiana
ofreciéndola mi amor.

JUAN. Siempre que á España un navio
su vuelta nos anunciaba,
yo una carta te enviaba
bañada con llanto mio.
¿Cómo pudistes dudar?

MARIA. Cuando tu carta leia,
porque el mar me la traia
lloraba, de gozo, un mar.
Pero de penas no harta
decíame en mi cuidado:
¡Cuatro meses han pasado
desde que escribió la carta!
¿quién sabe si aun tiene vida?
¿quién sabe si la que envio

regada con llanto mio
será una carta perdida?
Que allá del mundo en el cabo
de dura lid entre horrores,
tal vez abrió á mis amores
tumba helada el indio bravo.
Era preciso no amarte
para no temer perderte,
como es precisa la muerte
para que llegue á olvidarte.

JUAN. ¡Oh! ¡cuánto amor! ¡cuán dichoso
yo, que su encanto respiro,
y que solo amante aspiro
á apellidarme tu esposo!
Pues me dejó Dios venir
deja que mi dicha aguarde.

MARIA. No, Juan, has llegado tarde,
vienes á verme morir.

JUAN. ¡No por Dios! serás mi esposa:
oro traigo, y tanto á fé,
que á tu padre obligaré
por rico á hacerte dichosa.

MARIA. Ni al oro su frente humilla,
ni á ceder se persuade
don Lorenzo Ruiz de Andrade,
Asistente de Sevilla.
Cuando su palabra dá
su palabra ha de cumplir,
y aunque me vea morir
palabras no torcerá.

JUAN. ¿Y de tí palabra dió?
¡Responde á mi afan, Maria!

MARIA. Si, Juan, por desdicha mia...
á un hombre me prometió.

JUAN. ¡Tú á un hombre ofrecida!

MARIA. Si.

JUAN. ¡Dios terrible! ¡un hombre ha osado
amar á la que he entregado
el alma que á Dios debí!

MARIA. ¡Juan!

JUAN. El que se atreve á amarte
se atreve á arrostrar la muerte,

que por Dios no he de perderte,
Maria, sin disputarte.

MARIA. Harto defiende tu amor
la que te adora rendida.
Esa boda maldecida
no será: me causa horror.

JUAN. Pero hay un medio.

MARIA. ¿Cuál? ¡Dí!

JUAN. Pues tu padre tu quebranto
desoye y causa tu llanto,
huyamos, mi amor, de aqui.

MARIA. ¡Dejar á mi padre anciano,
deshonrado, envilecido!

JUAN. Tu padre se ha convertido
en un odioso tirano.
No hay mas padre que su amor
para quien amante adora.

MARIA. Viniste, Juan, en mal hora
para aumentar mi dolor.

JUAN. ¡Maria!

MARIA. Quien mancillar
pretende á una dama honrada,
ó la juzga mancillada
ó no la sabe estimar.
Quiero ver en tí el amor
que arde puro en limpia llama;
amor que al amor infama
me repugna, me dá horror.
El alma entera te dí;
y pues tan entera es tuya,
no quieras, mi amor, que huya
amedrentada de tí.

JUAN. ¡Ah! ¡perdona! En mi delirio (Con sarcasmo.)
tu santo amor he injuriado
cuando fiera me has mostrado
de nuestro amor el martirio.

MARIA. No; no hay martirio en amar
con un amor infinito,
que sin llegar al delito
puede á la dicha llegar.

JUAN. ¡Bien! tu noble valentia
para sufrir me dá aliento:

apuremos el tormento
de esos amores, Maria.
Mas si cedes al temor
de tu padre, si á otro das
tu fé...

MARIA. Delirando estás
cuando dudas de mi amor.

JUAN. En mi ciego frenesí,
si esto sucede, haré tanto
que al infierno podré espanto.

MARIA. Adios, que no estás en tí:
tú nuestro destino mides,
y pues sin alma me quedo,
que quitártela no puedo...
¡Juan, de mi amor no te olvides!
¡Marta!

JUAN. ¡Te vas!

MARIA. Si, me voy.

ESCENA XVIII.

DICHOS, MARTA, saliendo de la ermita: detrás MÓSTOLES.

MARTA. ¡Señora!

MARIA. El coche al momento.

MARTA. Id, Móstoles, como el viento.

MÓST. Pesadillo viento soy.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XIX.

DICHOS, menos MÓSTOLES.

JUAN. Maria, á mis esperanzas
cortas el potente vuelo,
y de la cumbre del cielo
en un abismo me lanzas:
oye por última vez,
por si á vernos no volvemos.

ESCENA XX.

DICHOS, MÓSTOLES, entrando apresuradamente por la izquierda.

Móst. Solo un momento tenemos.
Maria. ¿Pues qué sucede?
Móst. ¡Pardiez!
Don Felix, el pretendiente
que desdeñado os adora,
hácia aqui viene, señora.

ESCENA XXI.

DICHOS, LEBREL, por la izquierda.

Leb. ¡Señor Juan! ¡el Asistente!
Maria. ¡Ay de mí, que soy perdida!
Juan. ¡Me dejas desesperado!
Maria. Mi dulce ensueño adorado
acabará con mi vida.
(Váse por la izquierda: Marta y Móstoles con ella.)

ESCENA XXII.

JUAN, LEBREL.

Juan. ¿Qué es esto?
Leb. El maldito coche
le ha visto quien no debiera.
Ganad pronto la ribera,
porque pinta mala noche.
En el barco os amparad:
mirad que es el Asistente
hombre atroz: se acerca gente,
yo me escapo: adios quedad.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XXIII.

JUAN, D. FELIX, por la izquierda, que adelanta lentamente hácia Juan.

JUAN. ¡Ay mi esperanza perdida!
¡ay mi amor desventurado!
¡Mi dulce ensueño adorado
acabará con mi vida!
¿Qué me ha querido decir?
¿Qué puedo de esto esperar?
FEL. ¿Se os puede un momento hablar?
JUAN. Decid si se os quiere oir,
que en cuanto á hablar ya podeis
estar hablando á destajo:
para vos será el trabajo.
FEL. Por dicha, ¿me conoceis?
JUAN. ¡Yo! ¡pregunta impertinente!
Idos, ó pasad de aqui.
FEL. El coche que cerca vi,
decidme, ¿es del Asistente?
JUAN. Ó sois necio, ó estais loco.
FEL. Aqui con doña Maria
hablabais.
JUAN. Pues no sabia
su nombre: hablamos tan poco...
FEL. Pues mucho os ha de costar,
que no debió ser honrado
lo que habeis con ella hablado
en tan oscuro lugar,
JUAN. Si á su decoro ó al mio
os atreveis, y me enojo,
viven los cielos, os cojo,
don Fulan, y os echo al rio.
FEL. ¡A mí vos! ¡el hierro fuera!
(Desnuda la espada.)

ESCENA XXIV.

DICHOS, el ASISTENTE, una ronda por la izquierda.

ASIST. ¡Ténganse al rey!
JUAN. El que necio
y descortés se propasa
téngase, que bien me tengo.
ASIST. ¡Don Felix, vos contra un hombre
que no desnudó el acero,
con el acero desnudo!
Decid: ¿qué viene á ser esto?
FEL. Por mi amor, por vuestra honra,
su sangre beber deseo.
ASIST. ¡Por mi honor!
FEL. Con vuestra hija
aqui se hallaba ha un momento.
ASIST. ¡Dios me valga! ¡Afuera todos!
¡afuera! ¡lejos! ¡muy lejos!
(La ronda se retira por la izquierda.)
Y vos, don Felix, tambien
idos de aqui, yo os lo ordeno.
(Váse D. Felix por la izquierda.)

ESCENA XXV.

JUAN, el ASISTENTE.

ASIST. Para castigar tu audacia
(Llegando á la cruz y dejando la vara de justicia junto á ella.)
aqui al Asistente dejo,
que en asuntos que son mios
me basto yo... ¡vive el cielo!
JUAN. (Descubriéndose y con acento respetuoso.)
Recobrad, señor, la vara:
dejad en paz el acero:
justicia de vos aguardo,
y con vos reñir no puedo:
sois anciano y sois... su padre.

ASIST. ¡Y me despreciais por viejo!
JUAN. Muy mal su desprecio indica
quien os habla descubierto.
ASIST. Con mi honor habeis jugado,
y pues que delante os tengo,
en vuestra mano la espada
quiero mirar, no el sombrero.
¡Ea! abreviad de razones,
y reñid!
JUAN. Con vos no puedo.
ASIST. ¡Pero ofenderme pudisteis!
JUAN. Amándola no os ofendo.
ASIST. Amores que son honrados,
no han menester del misterio.
JUAN. Os obstinais en casarla.
ASIST. Su padre soy.
JUAN. Bien lo advierto,
por eso su mano os pido.
ASIST. Y yo, por eso, os la niego.
JUAN. Es mayor de edad.
ASIST. No importa.
JUAN. Las leyes...
ASIST. Hablar de pleitos
no corresponde á un soldado.
JUAN. Ni á un alcalde hablar de duelos.
ASIST. El alcalde empuña espada.
JUAN. Tiene el soldado derechos.
ASIST. Lo que teneis ¡vive Cristo!
es... lengua insolente y... miedo!
JUAN. ¡Miedo!!
(Dominándose instantáneamente, y dejando la empuñadura de la espada, á la que ha echado mano.)
¡Si! ¡de no lograrla!
y... en fin... señor... terminemos!
que con vos no he de reñir
harto claro lo estais viendo:
que podeis herirme á salvo,
probadlo y vereis que es cierto:
que si me negais mi dicha,
la buscaré, os lo prometo.
Si vos sois padre, yo amante:

si vos sois tenaz, yo terco:
si sois valiente, yo soy
temerario en mis empeños.
La lealtad con vos me sobra:
pues podeis ponerme preso,
prendedme y vivid en paz
mientras me guarde un encierro.
Por el amor de Maria
de todo capaz me creo,
y cuidad que no os la robe.
si libre de vos me alejo.

ASIST. ¡Me amenazais!

JUAN. No amenazo,
señor, sino que os advierto.

ASIST. Pues que tanto confiais
en vuestro soñado esfuerzo,
mientras que caso á Maria
ni riño con vos.... ni os prendo.
(Envaina la espada y toma la vara, que ha dejado junto á la cruz.)

JUAN. (Cubriéndose.)
Pues bien, señor Asistente,
me convido al casamiento.

ASIST. ¡Mirad que ha de ser mañana!

JUAN. ¡Iré!

ASIST. ¡Pues bien: ¡os espero!

JUAN. ¡Asistente de Sevilla, id en paz!

ASIST. ¡Guárdeos el cielo!
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XXVI.

JUAN, poco despues CARRANZA.

JUAN. ¡Carranza!

CAR. (Saliendo por entre los árboles de la derecha.)
¡Señor!

JUAN. ¡El bote
en la ribera al momento!
(Carranza toca un silbato y aparece el bote.)
Estoy la verdad tocando

y me parece que sueño:
antes que perder mi dicha
á Sevilla pondré fuego,
y por el horror del caso
sabrá Sevilla que he vuelto.
(Se dirige al rio y entra en el bote.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion baja en la quinta del Asistente de Sevilla: dos grandes puertas laterales: á la derecha una mesa con tapete blasonado, y junto á ella un sillon: en segundo término, de un costado á otro, una columnata: en tercer término jardin practicable. Es de noche: grandes arañas cargadas de bujias iluminan la escena.

ESCENA PRIMERA.

VALDIVIA, LEBREL, con la linterna de ronda encendida, por la derecha de la galeria.

LEB. ¿Con que eso pasa, Valdivia?
VALD. Señor Lebrel, eso pasa:
en la cárcel desde anoche
estan Móstoles y Marta.
LEB. ¿Y por qué?
VALD. Nadie ha sabido
de esta encerrona la causa.
LEB. ¿Ni se barrunta?
VALD. Tampoco.
LEB. Teneis las narices largas
y debeis ser buen podenco.
VALD. Lebrel, en boca cerrada,

dice el refran, no entra mosca.

LEB. Hablemos en confianza:
necesitais vomitivo
y os le voy á dar de plata.
(Le dá dinero.)

VALD. ¿Y esto por qué?

LEB. Porque hableis.

VALD. ¿Interesa?

LEB. Cuando os pagan
no está turbio, sino claro,
que se os compran las palabras.

VALD. Habeis de saber, Lebrel,
que anoche á la madrugada
hubo ruidos.

LEB. ¿Ruidos hubo?

VALD. Y aun tormenta.

LEB. ¡Dios nos valga!

VALD. Lloraba doña Maria
y el Asistente bramaba:
hubo aquello de:—¡Jamás!
¡primero la muerte!...—¡Calla,
ó haré un ejemplo contigo!
Don Felix será mañana
tu esposo.—¡Muerta primero!—
Y asi se pasaron largas
dos horas, rugiendo el uno,
anegada la otra en lágrimas.
Mas como todo en el mundo
tiene fin, la tal borrasca
pasó y estamos de boda.
Ya veis las mil luminarias
que el suceso solemnizan
en camarines y cámaras,
en retretes y crujias,
en pasillos y antesalas.
Hecho el novio una ascua de oro,
con el Asistente aguarda
á que la novia se vista
del desposorio las galas.
Los convidados acuden,
los refrescos se preparan,
y para el noble sarao

limpian, templan y asonantan
los cantores los gaznates,
los músicos las guitarras.
¡Vá á ser mucha boda, mucha!
Digna de tan noble casa.

LEB. Me habeis dejado encogido,
Valdivia, como una araña
en diciembre: semimuerto,
atortolado y sin alma.
¡Casarse doña Maria!

VALD. ¿Y á vos qué?

LEB. ¡Vá á haber desgracias!

VALD. Me poneis en confusiones.

LEB. ¡Triste de vos si se casa!

VALD. Pero, señor, ¿yo qué tengo?...

LEB. Como yo, teneis espaldas.

VALD. ¿Y á mí qué?...

LEB. Rogad por ellas
si no entregais esta carta
al punto á doña Maria.

VALD. Señor Lebrel, por las ánimas
benditas del purgatorio,
que no entiendo una palabra
de lo que me estais diciendo.

LEB. Esta epístola entregada
ha de ser por vos, ó tiemble.
Echad, pues, el pecho al agua,
porque aunque os llamais Valdivia,
de balde no os piden nada.

VALD. Señor Lebrel, no me atrevo,
que por quita allá esas pajas,
el Asistente me rompe
la justicia en las espaldas.
Segun el genio que tiene
le amamantaron las árpias.

LEB. Querreis decir las arpías.

VALD. Yo no entiendo de gramáticas.

LEB. Yo si, que he sido lacayo
de un doctor en Salamanca.
Tomad.

VALD. ¿Qué es ello?

LEB. Una bolsa.

VALD. ¡Tentacion endemoniada!
LEB. Acabad, que tengo prisa.
VALD. La bolsa venga.
LEB. Y la carta.
¿Con que si?
VALD. Si.
LEB. Habeis obrado
como quien sois: muchas gracias,
me voy en vos confiando.
VALD. Descuidad, que no habrá falta.
(Váse Lebrel por la derecha de la galeria)

ESCENA II.

DOÑA MARIA, cuatro doncellas por la puerta de la derecha, VALDIVIA.

MAR. (Á las doncellas.)
Podeis iros: un momento
quiero respirar el aura
de la noche sola y libre.
(Vánse las doncellas por la izquierda de la galeria. Á Valdivia.)
¿Y vos?
VALD. La ocasion llegada,
desenvaino, embisto y sea
lo que Dios quiera.
(Mostrando á Doña Maria la carta que le ha dado Lebrel.)
MARIA. ¡Una carta!
VALD. Si señora.
MARIA. ¿De quién es? (Tomándola.)
VALD. No lo sé.
MAR. (Mirando el sobrescrito.)
(¡Dios de mi alma!
¡de Juan!) Idos.
(Váse Valdivia por la izquierda de la galeria.)

ESCENA III.

DOÑA MARIA.

¡Él me escribe!
¡Y en esta ocasion! el ansia
que siento, ver no me deja
de este escrito las palabras!
(Lee.) «Vertiendo llanto á raudales,
»que doliente el alma lanza;
»anegada su esperanza
»bajo el rigor de sus males;
»apurando la agonia
»horrible que le devora,
»el infeliz que te adora
»su pensamiento te envia.
»Dicen que á casarte vas,
»y no lo quiero creer:
»lo que siento debe ser
»un sueño de Satanás.
»Solo vivo para tí,
»y he de morir si te pierdo:
»por tí me dejo el recuerdo
»horrible de lo que fuí.
»No me vuelva tu rigor
»á mi pasada amargura:
»ciego estoy por tu hermosura
»y mi virtud es tu amor.»
(Besando conmovida el papel)
¡Oh! ¡jamás el alma mia
á tu amor será traidora!
¡Ah! ¡Don Felix!
(Viendo á D. Felix, que ha aparecido cuatro versos antes por la derecha de la galeria.)

ESCENA IV.

DOÑA MARIA, D. FELIX.

FEL. En mal hora
vine á buscaros, Maria.

¡Besais llorando un papel
que yo triste no escribí!

MARIA. (Con altivez, mostrándole la carta.)
De lo que encontrais en mí
buscad la razon en él.

FEL. ¡Oh! ¡apartad! ¡tanta fiereza
con un amor tan rendido!
Á buscaros he venido
á impulsos de mi nobleza,
y necesito, Maria,
romper para vos el velo
que sepulta en negro duelo
la desdichada alma mia.

MARIA. Perdonad: sola con vos,
don Felix, no debo estar.

FEL. Dejadme con vos hablar,
señora, en nombre de Dios.
Triste, llorosa, apenada,
en vos mi pasion ardiente
vé la víctima doliente,
no la amante desposada.

MARIA. ¿Y qué os importa? El rigor
de mi padre aprovechais,
y alcanzar por él pensais
lo que os defiende mi amor.

FEL. Que no me habeis comprendido
me mostrais al fin, señora.
No soy yo quien á esta hora
de dolor os ha traido.
Si desde el punto en que os ví
ciego de amores quedé,
ni á tanto llegar pensé
ni enamorada os creí.
Esperaba que mi amor,
siempre rendido y constante,
de ese pecho de diamante
venciera al fin el rigor.
Pero vuestro padre quiso
que hoy nuestra boda se hiciera,
y á su demanda severa
doblé la frente sumiso.

MARIA. Pero yo no la doblé;

yo el mandato resistí,
y le resisto, aunque asi
engalanar me dejé.

FEL. ¿Por qué resistir insana
á vuestro padre, señora?
Dejad á quien os adora
que os salve; dejad que vana
la ceremonia nupcial
se celebre, que yo os juro
respetar el amor puro
que alimentais por mi mal.

MARIA. Lo que me quereis decir
no me atrevo á suponer:
me parece comprender...

FEL. Pretendo por vos morir.

MARIA. ¡Don Felix!

FEL. Quien de su suerte
vencer no puede el rigor,
en campaña con honor
halla por do quier la muerte.
Iré á Italia, y tal haré,
que allí me habrán de matar.
Vos libre podreis amar:
muerto yo, descansaré.

MARIA. ¡Ah! ¡tanto amor en mal hora
habeis sentido por mí!
Vos desesperado asi;
él creyéndome traidora;
yo decidida á luchar;
mi padre obstinado y fiero...

FEL. Amante salvaros quiero
y vos no os quereis salvar.

MARIA. ¡Imposible! yo no vendo
ni aun en sueños mi fé pura,
ni he de causar la amargura
de quien adoro, mintiendo.
Yo apelo á vuestra pasion.
Al verme en ajenos lazos
¿no se os hiciera pedazos
el herido corazon?

FEL. ¡Oh! ¡callad!

MARIA. Ved la insensata

carta que su amor me envia,
creyéndome en su agonia
á sus amores ingrata.

FEL. Dadme, aunque horrible valor
para tanto necesito. (Lee para sí.)
¡Cielos! ¿á quien esto ha escrito
consagrais tan noble amor?
¿por tan miserable hombre
todo lo arrostrais insana?
¡firma Juan de Lorenzana!

MARIA. ¡Si por Dios! ¡ese es su nombre!

FEL. Tres años ha que os amó
segun dice.

MARIA. Si, le vi
tres años hace, y perdí
el alma que me robó.

FEL. ¡Era su oficio burlar!

MARIA. ¡Qué decis!

FEL. ¡Por vida mia!
¡y aun otro oficio tenia!

MARIA. ¡Ah, no, imposible!

FEL. ¡Matar!
Es una historia maldita
que el vulgo tiene en memoria,
una infame horrible historia
en cien romances escrita.

MARIA. ¡El tal hombre!... ¡tal fiereza!...
pero... aguardad... ¡si! sombrio
me hablaba de su hado impio,
le irritaba su pobreza.
Tal vez un funesto error...
entregadme esa escritura.
(Leyendo la carta que la devuelve D. Felix.)
Aqui dice: «mi amargura
»pasada.» Aqui... ¡Si! ¡el amor
me cegaba! no veia
mas que al encendido amante!
¡Mi razon en este instante
alumbra una luz sombria!
Aqui dice... ¡claro, si!
¡al mirarlo el juicio pierdo!
«¡Por tí me dejó el recuerdo

»horrible de lo que fuí!»
¿Qué mas quiero averiguar?
¿qué mas horror puedo ver,
ni qué puedo ya temer,
ni qué puedo ya esperar?

FEL. ¡Maria!

MARIA. ¡Y cobarde lloro,
y dudo, y la verdad veo,
y en su fé mentida creo,
y, á mi despecho, le adoro!

FEL. ¡Oh, qué desdicha!

MARIA. Tirana
fué conmigo la fortuna:
sin madre quedé en la cuna,
y fué mi vida temprana
planta débil, combatida
por el viento del dolor.
¿Qué crímen, Dios vengador,
castigas asi en mi vida?
Á la virtud adoré,
en la ventura creí,
en mis ensueños la ví,
y al tocarla desperté.

FEL. Venced el dolor insano
que os atormenta, señora:
quien desdichado os adora
siempre será vuestro hermano.
Tranquila en mí confiad;
mas ved, vuestro padre llega;
el llanto amargo que riega
vuestras mejillas secad.

MARIA. Venga mi padre en buen hora
su voluntad á cumplir.

FEL. Os juro que he de morir
ú os de salvar, señora.

ESCENA V.

DICHOS, el ASISTENTE, acompañamiento de Damas y Caballeros, pajes con hachas encendidas, flores, etc., por la izquierda de la galeria.

ASIST. El dia mas venturoso
es aqueste de mi vida,
amigos mios: contento
doy noble esposo á mi hija,
y ella su ventura exhala
con lágrimas de alegria.
Junto al ara el sacerdote
nos espera en la capilla,
con su bendicion guardando
á los esposos la dicha.
(Maria, si una palabra (Á Doña Maria.)
pronuncias que contradiga,
mi voluntad ¡ay de vos!
Seguidme, pues.)

MARIA. (¡Madre mia,
ampárame desde el cielo!)
(Entran todos por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

DOÑA ANA, LEBREL, por la izquierda del jardin: se detienen en la parte media de la escena, desde donde Doña Ana no puede ver lo que sucede tras la puerta de la izquierda.

ANA. ¡Ay, Lebrel! ¿Si por desdicha
habremos llegado tarde?

LEB. No he podido mas aprisa
hacer el negocio. Ha habido
resistencia: no queria
el jardinero el postigo
abrir; pero al fin, rendida
su voluntad por el oro,
aqui estan, señora mia,
y vóime, que en estos sitios
mi seguridad peligra.

ANA. Un momento no he podido
hallar á Juan, aunque el dia
he gastado en busca suya.

LEB. Yo si, y me causaron grima
su semblante de difunto
y su mirada sombria.

ANA. ¿Podeis encontrarle?

LEB. Acaso.

ANA. Pues bien, buscadle, id aprisa.
Decidle que nada intente,
que estoy yo aqui, decidida
á estorbar el casamiento.

LEB. Se lo diré. (De este enigma
no comprendo una palabra.)
(Á una señal de Doña Ana, Lebrel se vá por la derecha del jardin.)

ESCENA VII.

DOÑA ANA, baja á la escena, la examina y mira con interés á través de la puerta de la izquierda.

¡Un altar! ¡una capilla!
¡á los pies de un sacerdote
arrodillada Maria,
y su mano en la de un hombre!
¡No ha de ser mientras yo viva!
¿Á qué espero?
(Dirigiendose á la puerta de la izquierda.)

MARIA. (Dentro.) ¡No, jamás!

ANA. ¡Oh, gracias, bondad divina!
¡Aun es libre!

ESCENA VIII.

DOÑA ANA, DOÑA MARIA, precipitadamente por la puerta de la izquierda.

MARIA. (Amparándose de Doña Ana.)
¡Protegedme!
¡amparadme!

ANA. Si, hija mia.

No temais.

MARIA. ¡Ay Dios! ¡mi padre!

ESCENA IX.

DICHAS, el ASISTENTE: tras él el acompañamiento.

ASIST. ¿Quién favorece á esa indigna?
ANA. ¡Yo!
ASIST. ¡Vos! ¡pretendeis, insana,
ampararla?
ASIST. ¡Si, Asistente!
ASIST. ¡Salid!
ANA. (Con humildad y firmeza.)
Soy la penitente
de la ermita de Santana.
(Rumor de respeto en el acompañamiento.)
ASIST. (Con respeto.)
¡Ah! ¡la penitente! ¡hablad!
ANA. Vuestra noble compañia
poco solaz hallaria
escuchándome: esperad.
(Al acompañamiento.)
Vosotros, señores, id,
si quereis hallar placer
donde le puedan tener:
aqui no existe: salid:
salid, y vuestra hidalguia
me perdone: harto lo siento.
(D. Felix y el acompañamiento se retiran, el primero por la izquierda del fondo con los pajes: los otros por la derecha.)
(Á Maria.) Volved á vuestro aposento
y nada temais, Maria.
MARIA. ¡Señora, cuanta bondad!
¡todo lo espero de vos!
ANA. Solo en la bondad de Dios
y en su amparo confiad.
MARIA. Dios os lo pague.
ANA. Salid.
(Vá con ella hasta la puerta de la derecha, y despues de haber entrado Doña Maria, continúa mirando á

través de la puerta: un momento despues se vuelve al Asistente, que espera con ansiedad.)

ESCENA X.

DOÑA ANA, el ASISTENTE.

ANA. Héme aqui, fuerte, animosa,
arrancada de mi fosa
contigo, Lorenzo, en lid.
ASIST. (Haciendo un movimiento como para arrojarse á los pies de Doña Ana.)
¡Ah, no, perdonad!
ANA. (Impidiendo que se arrodille.)
¡Levanta!
¡Solo ante Dios la rodilla
se dobla!
ASIST. (Dominándose.) ¡Os llama Sevilla
por veneracion la santa!
ANA. Se engaña el vulgo.
ASIST. Consuelo
encuentra en vos el que llora,
y vuestros ruegos, señora,
escucha benigno el cielo.
ANA. ¡El cielo! ¡le miro oscuro
desque infame le ofendí!
¿No encuéntras, Lorenzo, en mí
algo terrible é impuro?
¿No ves que en mi torva frente,
por el infierno marcado,
el signo está del pecado
cual en la tuya, Asistente?
ASIST. ¡No sé por qué, vuestro acento
estremece al alma mia!
ANA. Mi voz es... ¡la voz sombria
de tu horrible pensamiento!
ASIST. ¡Me aterrais!
ANA. Si: del horror
siempre estoy en el camino,
y me trajo aqui el destino
porque impera aqui el dolor.
ASIST. ¡El dolor!

ANA. ¡Y cuán prolija
hallo aquí la desventura!

ASIST. ¡Hablad!

ANA. De horrenda amargura
vengo á salvar á tu hija.

ASIST. Señora, vuestro rigor
no comprendo: padre soy,
y buen esposo la doy.

ANA. Pero no la das amor.

ASIST. Sin amor debe casar
una dama que es honrada,
que harto, despues de casada,
tiene tiempo para amar.

ANA. Puede amar de tal manera,
que crímen su amor dé en fruto.

ASIST. Pagara á mi honor tributo
en sangre, si tal hiciera.

ANA. ¡Aun de sangre estás sediento?...

ASIST. (Con terror.)
¡Qué decis!

ANA. En tu semblante
vago, horrible, palpitante,
se pinta el remordimiento.

ASIST. Dicen... que por permision
de Dios... por Dios inspirada
descubre vuestra mirada
misterios del corazon.

ANA. Lo que el necio vulgo dice
dejemos, Lorenzo, á un lado,
que no es por Dios inspirado
aquel á quien Dios maldice.
Mi pálida frente mira,
si el mirarla no te espanta,
cuando ante tí me levanta
del cielo la justa ira.
¡Recuerda!... ¿no me conoces?
¡vuelve el rostro á lo pasado!
¿quién soy, al verme á tu lado
no te dice el alma á voces?

ASIST. No os conozco: nunca os ví
ni comprendo lo que escucho.

ANA. Pues has olvidado mucho

olvidándote de mí.
Yo... ¡no he podido olvidar!
de la noche entre el espanto,
cuando el alma á Dios levanto,
postrada al pié del altar,
entre la calma infinita
oigo una voz espantable
que dice, siempre incansable:
¿para qué rezas, maldita?
¿qué llanto habrá suficiente
para lavar tu pecado?
¡De tu padre desdichado
tienes la sangre en la frente!

ASIST. ¡Ah!... ¡tú!...

ANA. ¡Por fin me conoces!

ASIST. ¡Por piedad!

ANA. Cuando aterrada
oigo en la noche callada
zumbar esas tristes voces,
en vano quiero rezar,
ni que la fé me socorra,
¡la santa imágen se borra!
¡Desaparece el altar!
Y... ¡escucha!... el tiempo... le siente
mi espíritu: vá pasando
pero... ¡hácia atrás! voy contando
un año... diez... quince... veinte...
veinticinco... ¡sí! ¡eso es!
y... ¡oye Lorenzo! esos años...
por juicios de Dios extraños
¡van caminando al reves! (Pausa.)
Era una tarde de abril:
de un rio por la ribera,
bella, galana, hechicera,
iba una niña gentil.
Libre el alma de dolores,
do quiera una flor veia,
se inclinaba y la cogia,
porque eran su amor las flores.
Dueña, vieja y escudero
la guardaban por decoro,
que era la niña el tesoro

de un anciano caballero
¡En mal hora fué á coger
sus flores la tarde aquella
que fué la hermosa doncella
flores del alma á perder.

ASIST. ¡Ana!

ANA. En tanto que cogia
sobre la ribera flores
una turba de cantores
hácia la niña venia.
Estudiantes pordioseros
de esos, que vagos y errantes,
entonan cantos amantes
al compas de sus panderos.
Gente de vicios avara,
hombres audaces é impuros,
que en sus ámbitos oscuros
la universidad ampara.

ASIST. ¡Oh! ¡cesa!

ANA. Aun no termino
mi relato: un estudiante
habló á la niña un instante,
y la niña se turbó.
De sus ya cogidas flores
una pidió á la doncella,
y al dársela, sintió ella
dentro del alma dolores;
y aunque pasó el hombre aquel
y á su casa se volvió
la niña, y se recogió,
no pudo olvidarse de él.
Y cuando le vió rondando
envuelto en la sombra oscura
de la calle, en su ternura
la niña, cual él, velando
del aura á los vagos giros,
entregaron silenciosos
él, conceptos amorosos,
ella, encendidos suspiros;
y tanto y tanto adoró
la doncella al escolar,
que por él llegó á olvidar

que noble y pura nació,
Hoy, es pobre penitente
la rica doncella amante,
y el miserable estudiante
es de Sevilla asistente.

ASIST. ¡Ana! ¿por qué recordar
esas memorias de horror?

ANA. Son mi historia de dolor
y la tienes que escuchar.
Recuerda la noche aquella
que olvidar en vano quiero,
manchaba de un caballero
el hogar su torpe huella:
mi profanado aposento,
nuestro crímen ocultaba:
pero mi padre velaba;
sintió ruido, acudió atento,
y le vimos con terror,
ante nosotros, desnuda
la espada, y terrible, muda
la faz, ardiendo en furor.
¡Ah! ¡no le mateis! de miedo
grité, á mi padre abrazando.
Huye, te dije temblando,
que contenerle no puedo.
Y tú, ¡cobarde!... ¡ay de mí!
mientras ansiosa luchaba,
mientras llorando rogaba,
lucir un acero ví,
sangre manchó mi semblante,
y herido, el pecho rasgado,
de mis brazos desplomado
cayó mi padre espirante;
y los ojos turbios, fijos,
gritó mirando á los dos:
—¡Malditos sean de Dios,
con vosotros, vuestros hijos!!!—

ASIST. ¡Ah! (Dejándose caer aterrado en el sillon.)

ANA. La maldicion retumba
por donde quiera en mi oido,
la escucho en el leve ruido
del viento que blando zumba,

y á la par de la oracion
que alzo á Dios en mi quebranto,
murmuro, bañada en llanto,
la terrible maldicion.
Tú, Lorenzo, mas dichoso,
olvidaste.

ASIST. Yo he vivido
muriendo: yo no he tenido
ni contento ni reposo.
Habla, pide.

ANA. Al fin te venzo,
al fin tu soberbia loca
á mis plantas se derroca.

FEL. ¡Don Lorenzo!... ¡Don Lorenzo!...
(Dentro, por la izquierda del fondo.)

ASIST. ¡Ah! ¿qué es esto? ¿qué rumor?...
¡Aqui la Santa Hermandad!

ESCENA XI.

DOÑA ANA, el ASISTENTE. Por la izquierda de la galeria DON FELIX. Por la derecha un ALCALDE de la Santa Hermandad con algunos cuadrilleros.

ASIST. Entrad, don Felix; entrad,
Teniente alcalde mayor.
¿Qué sucede? ¿por qué asi
me buscais?

FEL. Gente villana
ha puesto fuego á Triana.

ASIST. ¡Rayos del cielo! ¿esto á mí?
¡Gobernando yo en Sevilla
hay quien á tanto se atreve!
Hablad, Alcalde, y sed breve.

ALC. Malhechores en cuadrilla
por cuatro partes al par
en el arrabal se entraron;
casa por casa incendiaron
la leñera y el pajar.

ASIST. ¿Y las rondas?

ALC. Maltratadas.

ASIST. ¿Y los vecinos?

ALC. Dormidos,
fueron, señor, sorprendidos
al ver sus casas entradas.
ASIST. Y... ¿quiénes son los audaces?
ALC. Gente dura y de valor.
ASIST. ¡Pero quiénes!
ALC. Van, señor,
cubiertos con antifaces.
ASIST. Id, Alcalde, y diligente
con vuestra Santa Hermandad,
acudid, prended, matad.
(Váse el Alcalde con los cuadrilleros.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS menos el ALCALDE y los cuadrilleros.

ASIST. ¡La ronda del Asistente! (Llamando.)
¡mi vara! ¡mi espada! ¡oh,
y en qué momento, Dios mio!
(Aparecen alguaciles por la izquierda de la galeria, uno de los cuales lleva una linterna encendida.)
Ni un solo barco del rio (Á los alguaciles.)
parta sin mandarlo yo.
(Uno de los alguaciles sale por la derècha de la galeria.)
ANA. ¡Lorenzo!... (Aparte al Asistente.)
ASIST. Fiero deber, (Á Doña Ana.)
Ana, me aparta de aqui.
ANA. ¡Maria!...
ASIST. Descansa en mí:
la boda no se ha de hacer.
ANA. ¡Oh, gracias! ¿me oirás?
ASIST. Mañana
te veré; lo necesita
mi conciencia.
ANA. Vé á la ermita.
ASIST. ¿Qué ermita?
ANA. La de Santa Ana:
te espero.
ASIST. Iré, y porque pasa
el tiempo, adios, que ya tardo.

(Dirigiéndose á la galeria, y tomando la vara y la espada, que le dá un alguacil.)

Pues voy fuera y no la guardo,
don Felix, guardad mi casa.

(El Asistente, seguido de los alguaciles, sale por la derecha de la galeria. D. Felix por la izquierda.)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA.

¡Me dejan sola, se van!
¡Libre aqui! ¡Gracias, señor!
¡Tras largos años de horror
te vé propicio mi afan!
¿Esto es sueño? Si lo es
quiero su encanto sentir:
de aqui debiera salir,
y aqui se clavan mis pies.
Y es que aqui flota el ambiente
que aspira la prenda mia;
es que aqui de mi alegria
brilla la luz en su frente.
¡Tanto tiempo y tanto duelo
sufridos... y logro hallarla!
Pues tú me viste llorarla,
divino Señor del cielo,
no me nieguen tus enojos
la ventura de un instante:
dominaré mi semblante:
no verá amor en mis ojos:
dentro mi pecho el torrente
de mis lágrimas caerá,
y á su madre no verá
en la humilde penitente.
¡Ah! (Escuchando.) Si: ligero rumor
de leves pasos escucho,
es ella sin duda... lucho
entre el placer y el temor.

ESCENA XIV.

DOÑA ANA, DOÑA MARIA, por la puerta de la derecha.

MARIA. (Deteniéndose sorprendida al ver á Doña Ana.)
¡Ah, la penitente!
ANA. Si,
os esperaba, Maria.
MARIA. Ví que mi padre salia
airado: me extremecí:
cuadrilleros con él van
como si fuera á prender.
ANA. ¿Y llegasteis á temer
que fuese á prender á Juan?
Un momento quise hablaros
antes de partir, Maria.
MARIA. ¡Oh! yo tambien lo queria.
ANA. Necesito aconsejaros.
¿Aun le amais?
MARIA. Á mi pesar.
ANA. ¿Sabeis quién es?
MARIA. Lo he sabido
muy tarde.
ANA. ¿Y no habeis podido
vuestros amores matar?
MARIA. Ellos me matan.
ANA. ¡Locura!
MARIA. Por desdicha, inevitable:
ya nada, nada, me es dable
mas que una triste clausura.
ANA. ¡Vos monja!
MARIA. Al Señor no engaño,
precede á la profesion
un año, y mi corazon
se habrá roto antes de un año.
ANA. ¿Por qué pensar en morir?
MARIA. Porque me empieza á faltar
aire para respirar,
ventura para vivir.
ANA. ¡Ah!
MARIA. (Asiéndola las manos.)

Yo me amparo de vos.
ANA. Hareis al fin que me aflija.
MARIA. ¿Habeis tenido una hija
tan infeliz?
ANA. ¡Santo Dios!
¡callad, callad! (¡mi locura
pudiera vencer!)
MARIA. ¡Dios mio!
¡teneis en las manos frio!
¡estais pálida!
ANA. Amargura
me causa veros así:
recordais á mi dolor
una prenda de mi amor
que, desdichada, perdí.
MARIA. ¡Ah, murió!
ANA. Si: contaria
vuestra edad si aun existiera,
y su faz, pura, hechicera
como la vuestra seria.
MARIA. ¿Es verdad que quien bien ama
nunca olvida su dolor?
ANA. Es verdad, pero el amor
á los hijos, es la llama
en las entrañas prendida
en que les dimos el ser,
que nunca deja de arder,
y que apaga nuestra vida.
Es un amor infinito
que no consiente otro igual;
amor puro, celestial,
por Dios en el alma escrito.
Es cuanto puede sentir
de una madre el corazon,
es la pasada ilusion
y el ardiente porvenir.
Toda pena halla consuelo
despues del afan prolijo:
la madre que pierde un hijo
no halla paz sino en el cielo.
MARIA. Asi es mi amor sobrehumano.
ANA. ¿Asi amais? ¿asi, Maria?

MARIA. Amo á Juan, como amaria
á mi madre ó á mi hermano.
ANA. ¡Ah, no, que os arrastra ciega
ese amor de perdicion!
MARIA. No quiere mi corazon
lo que mi deber le niega.
ANA. ¿Cómo pudo á vos llegar?
¿en dónde os halló, Maria?
MARIA. En Algeciras un dia,
en la ribera del mar.
Sobre la mojada arena,
tranquila y feliz, tomaba
las conchas que me enviaba
la dormida mar serena.
La voz de un mancebo oí,
que me dijo... ¡no sé qué!
El rostro á mirarle alcé,
y á Juan mirando me ví.
El, á mi dueña halagando,
amores me fué diciendo;
yo, sus amores oyendo,
empecé á vivir amando.
Y luego su dulce queja,
que el alma me enamoraba,
escuché, de amor esclava
con él velando en la reja.
ANA. (¡Santo cielo! ¡como yo!)
Y... ¿despues?... ¿podeis alzar
la frente pura y mirar
al padre que nombre os dió?
MARIA. ¡Ah señora! (Con amargura como herida dolorosamente por la pregunta de doña Ana.)
ANA. ¡Vuestros ojos
resplandecen de pureza!...
aumentan vuestra belleza
ardientes matices rojos...
¡Oh, perdonad! sois mujer,
y la mujer... ¡oh Dios mio!
alcanza á todo extravio
cuando llega á enloquecer,
¡y yo os amo! ¡perdonad!
¡escuchadme... cual si fuera

vuestra madre!

MARIA. ¡Dios quisiera
que lo fueseis!

ANA. ¡Oh! ¡callad! (Agitada.)

MARIA. ¡Sedlo... del alma!

ANA. (Con agitacion creciente.) ¿Quién? ¡yo
vuestra madre! ¡santos cielos!
¿y para qué? ¡tendré celos
de la mujer que os crió!

MARIA. ¡Ay! ¡nunca la madre mia
mi cariño logró ver:
«muerte la diste al nacer»
me dijo mi padre un dia.

ANA. (Con acento de asombro, de dolor, de espanto.)
¿Eso os dijo vuestro padre?
(Haciendo un violento esfuerzo y dominándose.)
Dejadme que lo repruebe.
¡Nunca, nunca una hija debe
saber que mató á su madre!

MARIA. ¡Ah señora! ¿quién sois vos
que asi sufris por mi suerte?

ANA. (Mirando con ansiedad á Maria y dispuesta á revelarse á ella.)
¡Yo soy...
(Dominándose despues de una ligera pausa.)
¡Envuelto en la muerte
mi nombre le sabe Dios!

MARIA. (Asombrada por lo que vé en Doña Ana.)
¡Vuestro acento!... vuestros ojos!...

ANA. ¿Qué veis en mis ojos?

MARIA. Veo
amor, inquietud, deseo...

ANA. ¡Delirio! ¡vanos antojos!

MARIA. ¡Señora!

ANA. Teneis razon:
lo que me pasa no sé...
mi cabeza... sí, si á fé...
la soledad... la oracion:
y es ya tarde: allí, en la ermita
abandonada, tal vez
se ha quedado en lobreguez
la santa imágen bendita,

y no sucedió hasta hoy.
¡Adios, Maria!

MARIA. ¡Esperad!

ANA. ¡No! ¡no puedo! ¡Adios quedad!
(¡Me vendo si no me voy!)
(Váse por el fondo derecha.)

ESCENA XV.

MARIA.

¡Sale! ¡se vá! ¿qué provoca
ese terror que la espanta?
Dicen las gentes que es santa,
y á mí me parece loca.
Ó es que loca tambien yo
cuerpo doy á mis recelos.
¿Por qué dijo: tendré celos
de la *mujer* que os crió?
¡Por qué se aterró al saber
que mi madre...
(Deteniéndose aterrada como herida por una idea súbita.)
¡Dios piadoso!
¡Para, pensamiento ansioso!
¡Delirio! ¡no puede ser!
¡No! ¡imposible! ¡de su tumba
quien murió, no se levanta!
¿Por qué su acento me espanta
y en mi corazon retumba?

ESCENA XVI.

MARIA, JUAN que aparece por el centro del fondo, viniendo del jardin, y adelanta con lentitud, mientras Maria dice los versos siguientes:

¡Dios mio! de mi razon
no rompas la fortaleza!
¡no me hieras la cabeza
cual me heriste el corazon
Tengo miedo: me parece

que estoy sola, abandonada:
la noche triste y callada
con su quietud me estremece.
Pero allí... si... del altar
al fondo de la capilla,
la santa luz, dulce brilla...
¡Oh! ¡necesito rezar!
(Se dirige lentamente á la puerta de la izquierda y desaparece por ella. Juan dá un paso hácia María; pero se detiene.)

ESCENA XVII

JUAN

No me ha visto: y bien, que rece:
de su oracion mi recuerdo
turbará la santa calma.
Bravo, terrible el incendio
no dejará al Asistente
venir: aun me queda tiempo.
Nunca tan hondo y tan triste
me ha parecido el silencio
de la noche: estoy tocando
mi ventura y me estremezco.
Nada suena: aun no habrán dado (Escuchando.)
el golpe...

ESCENA XVIII.

JUAN, CARRANZA por la izquierda del fondo.

JUAN. ¡Ah, si! ¿qué tenemos,
buen Carranza?
CAR. De la quinta
somos absolutos dueños.
JUAN. Nada escuché.
CAR. Sorprendidos,
aterrados se rindieron.
JUAN. ¿Y don Felix?
CAR. Desarmado,
tapada la boca y preso.

JUAN. Sacadle, tratadle bien
y soltadle... allá muy lejos.
CAR. Descuidad.
JUAN. ¿Está cercada
la quinta?
CAR. Si.
JUAN. Pues silencio:
véte, mis órdenes cumple,
y á mi voz aqui al momento.
(Váse Carranza por la izquierda del fondo.)

ESCENA XIX.

JUAN.

Dejar quiero al Asistente
mi despedida. Aqui encuentro
(Acercándose á la mesa.)
cuanto al caso necesito,
pluma, papel y tintero.
Hoy sin duda aqui el contrato
se firmó del casamiento:
me convidaron y vine;
tarde fué, mas con provecho.
Escribamos, pero breve,
que mas esperar no quiero.
«Humilde os pedí mi dicha, (Escribiendo.)
»y despreciásteis mi ruego;
»os advertí, y me insultásteis;
»cumpliendo cual soy, me vengo;
»dar quisísteis vuestra hija
»á un hombre, yo me la llevo,
»y pues que la tengo mia,
»contadme por hijo vuestro.»
Fecha y firma, y concluyamos...
que ya de acabar es tiempo.
(Dejando la mesa y sobre ella la carta.)
Seis años estuve ausente
al rey de España sirviendo,
dando á las rondas descanso
y descanso á los copleros:
con una hazaña de monta

señalo el dia en que vuelvo:
¡bachilleres sevillanos:
hacedme un romance nuevo!
(Se dirige decididamente á la puerta de la izquierda; al llegar junto á ella se detiene un momento, se quita el sombrero y entra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Panteon gótico: al fondo una gran puerta que dá sobre un bosque: á la derecha del actor sobre tres gradas, un sepulcro: sobre él en actitud de orar, de rodillas, la estátua de un caballero ante un reclinatorio con un libro abierto: á la izquierda otra gran puerta: pendiente del centro de la bóveda una lámpara encendida.—Es de noche.—Por intervalos se oye el zumbido del viento y el ruido de la lluvia: de tiempo en tiempo relámpagos.

ESCENA PRIMERA.

Un PASTOR con un farolillo encendido.

¡Qué noche, señor, qué noche!
¡viento, aguacero, relámpagos!
(Contemplando la estátua sepulcral.)
Me parece que don César
está mas serio y mas pálido.
¡Antojos! Dicen consejas
que algunas noches, vagando,
los pastores por el bosque
han visto un fantasma blanco:
pero yo siempre le encuentro
en su tumba arrodillado,
sobre su libro de piedra
con la mirada rezando:
yo no sé por qué, esta noche

tengo algo asi... como espanto,
y me parece mas serio
y mas triste el enterrado.
Si el enojo es porque vine
algo tarde, contentaos,
don César; vendré mañana
mas presto por no enojaros.
Guárdeos Dios: dormid en paz.
(Se dirige á la puerta de la izquierda, y al llegar junto á ella se detiene.)
Paréceme sentir vago,
de personas que se acercan,
confuso tropel de pasos.

VOZ. (Dentro.) ¡Alto! ¿quién vá?

OTRA VOZ. Cuadrilleros.

PAST. Pues ya tengo para rato,
de preguntas y respuestas,
que hacen un proceso al canto
los cuadrilleros á un roble.
Se aproximan, hablan bajo;
aqui se dirigen; llegan.

ESCENA II.

El PASTOR, el TENIENTE ALCALDE mayor de la Santa Hermandad: D. FELIX, cuadrilleros con arcabuces, y dos de ellos con linternas: hombres armados con arcabuces.

ALC. (Al Pastor.)
Guárdeos Dios.

PAST. Dios muchos años
á vuesas mercedes guarde.

ALC. ¿Qué haceis aqui?

PAST. Vedlo claro:
vine á encender esa lámpara,
encendíla ya, y me marcho.

ALC. Esperad, que la justicia
necesita interrogaros.

PAST. Responderé la verdad.

ALC. ¿De quién teneis el encargo
de cuidar de este edificio?

PAST. De los padres franciscanos

de Cazalla, que por manda
del difunto, cada un año
le hacen muy nobles exequias,
y rezan por su descanso
una misa cada dia.

ALC. ¿Y quién era el enterrado?

PAST. Un caballero muy rico,
que murió ya ha muchos años
á mano airada: mas verlo
podeis en el epitafio,
á los pies del muerto, escrito.

ALC. Alumbrad, pues, y veamos.

(El Pastor alumbra al lado de la izquierda de la tumba, donde hay una inscripcion, y el Alcalde lee:)

«Yaciendo bajo esta losa
»aqui los restos estan
»de don César de Guzman,
»muerto por mano alevosa.
»Que el sumo Dios justiciero
»que conoce á los sanguinos,
»maldiga á los asesinos
»de tan noble caballero.»

PAST. Y habeis de saber, señor,
que aqui cuentan los ancianos
una historia, que espeluzna
de horrible.

ALC. Pues bien, sepamos:
el cuento, venga, Pastor.

PAST. El tal cuento no es muy largo.
Don César tuvo una hija,
dicen que prudente y cauto
á Cazalla, de Sevilla,
para evitar se la trajo
unos amores ruines:
pero las hembras dan pasto
al demonio; una mañana
encontraron en el cuarto
de su hija, al buen don César
sobre su sangre espirando.
La hija se perdió cual humo,
á don César enterraron,
y despues nadie ha sabido

lo que fué de los malvados:
que segun el muerto dijo,
(antes de morir) villano,
mientras que la infame hija
le retenia en sus brazos,
el amante mal nacido
desgarró su pecho hidalgo.

FEL. Hay crímenes que estremecen.

ALC. Tiene Dios en sus arcanos
para castigar vilezas
decretos inesperados.
Á propósito: un mal hombre
vamos con ansia buscando:
(Al Pastor.)
pareceis hombre de bien.

PAST. De casta, señor, lo traigo.

ALC. ¿Sabeis si por este sitio
con una dama ha pasado,
hermosa, jóven y enferma,
toda vestida de blanco,
un hombre mozo, galan,
de continente gallardo,
pelo y barba y ojos negros,
y con traje de soldado?
Respondedme la verdad.

PAST. Pues no los ví si pasaron.

ALC. ¿Ved que si mentis?...

PAST. No miento.

ALC. Haced por el pronto á un lado,
(Á los Cuadrilleros, que obedecen.)
porque nadie entre ni salga
las puertas guardad. (Á D. Felix.) Espacio
tenemos, señor don Felix.
El Asistente está largo
aun de nosotros.

FEL. La ira
y la venganza, me han dado
sus alas, señor Alcalde.

ALC. Y á mí el hacer desagravio
á la justicia ofendida.
Como le encuentre, aunque el diablo
le favorezca, le cuelgo

para escarmiento, de un árbol.

FEL. Y yo Alcalde, vive el cielo,
donde le encuentre le mato.

ALC. Le salvó doña Maria,
que la llevaba en sus brazos,
y asi pasar no pudimos
por no herirla: su caballo,
cual si de la doble carga
no le abrumase el cansancio,
volaba, se nos perdia
á lo lejos fuerte y rápido.

FEL. ¿Cómo sucedió?

ALC. Esta tarde,
al ponerse el sol, marchábamos
al par por la carretera;
yo tomé por un atajo,
y el Asistente siguió
la carretera á lo largo.
Mis valientes cuadrilleros
apresuraban el paso,
corrian, los arcabuces
al hombro y la mecha en mano.
De improviso, un delantero
se para; suena un disparo;
las balas de los raptores,
con los cuales encontramos,
mensajeras de la muerte
entre nosotros silbaron.
Súbito, de entre el combate
sale un ginete escapando
hácia la sierra cercana:
flotaba un vestido blanco,
la ancha falda suelta al viento,
al escapar del caballo
Era imposible seguirle:
disparar era insensato,
y al fin se perdió á los lejos
con la infeliz el malvado.
Los malhechores cayeron
vencidos en nuestras manos,
y en busca de Lorenzana
por la sierra nos entramos.

Ha dos horas que la noche
densa y oscura ha cerrado,
y del monte por las sendas,
sin detenernos vagando,
sin encontrar un vestigio
que nos indique su paso,
aqui llegamos á tiempo
que llegabais vos.

FEL. En vano
tambien el monte he corrido,
y los celos, el amargo
temor de una desventura,
me estan, Alcalde, matando.
Tal vez á doña Maria
arrastra su amor infausto,
y amante y contenta sigue
al infame.

ALC. De un desmayo
la infeliz apenas vuelve,
cuando sufre otro mas largo.

FEL. ¿Cómo lo sabeis?

ALC. Do quiera
que por ellos preguntamos,
nos dieron tristes noticias.

FEL. ¡Y no han podido al villano
detener!

ALC. Estan los pueblos
sin defensa, desarmados
Pero el Asistente junta
y arma gente, y van cruzando
por todas partes cuadrillas
de la sierra lo intrincado.

FEL Tarde tal vez.

ALC. Dios lo quiera.

UNA VOZ. ¿Quién vá?

OTRA VOZ. Cuadrilleros.

ALC. Paso
á los que llegan.

ESCENA III.

DICHOS, UN CUADRILLERO por la puerta del fondo.

CUAD. (Al Alcalde.) Señor:
el Asistente esperando
está en la entrada del monte.
ALC. Pues vamos, don Felix.
FEL. Vamos.
ALC. (Al Pastor.)
Si por acaso viniere
el malhechor que buscamos,
sabed que por su cabeza,
se dan quinientos ducados.
Quedad con Dios, buen Pastor.
PAST. Él os vaya acompañando,
mis señores.
(Todos, menos el Pastor, salen por la puerta del fondo.)

ESCENA IV.

El PASTOR.

Pues Dios vive
que como sepa los pasos
del monte el hombre que buscan
no dan con él en diez años,
que es madre Sierra-Morena
de estos tales desalmados.
¡Quinientos ducados dan
á quien le entregue! ¡un rebaño
puede comprarse con ellos!
¿Pero quién le encuentra? Vámonos.
Ya es hora de descansar.
(Se dirige á la puerta de la izquierda.)
¿Mas qué es esto? ¡de un caballo
se escucha sobre las peñas
la carrera! Desbocado
debe de venir sin duda.
¡Eh! ¡mirad que está el barranco

á la derecha! ¡que vais
sin remedio á despeñaros!
¡Gracias á Dios! ¡ya paró!

JUAN. (Dentro.)
¡Ah de la casa!

PAST. Acercaos
sin temor, que es gente buena.
A la luz de ese relámpago
me ha parecido que son
dos bultos; y el uno blanco.
¿Si serán esos que llegan
los que los otros buscaron?
No fuera mala fortuna.
Aqui estan.

ESCENA V.

El PASTOR, JUAN DE LORENZANA: tras él DOÑA MARIA, triste, pálida y abatida.

JUAN. ¡Hola, villano!
¿quién vive aqui?

PAST. Nadie vive
sino es yo: que murió el amo
de esta casa há mucho tiempo.

JUAN. ¡Un panteon! de descanso
nos servirá: ven, asienta,
Maria, que de cansancio
desfalleces.

MARIA. ¡Oh Dios mio!
(Se sienta en el zócalo del sepulcro.)

JUAN. (Al Pastor.)
Ahora bien: ¿es solitario
este punto de la sierra?

PAST. Tenemos por un milagro
el ver personas vivientes
de siglo á siglo, escapando
los pastores que aqui viven
en los riscos embreñados.

JUAN. ¿Nadie por aqui ha venido?

PAST. Nadie, señor, hace un año.

JUAN. ¿Adónde van los senderos

del monte?

PAST. Al monte cerrado
si se toman para arriba;
y si se bajan, al llano
de la villa de Cazalla.

JUAN. ¿Y la villa?...

PAST. Está á tres cuartos
de legua, y camino duro
por breñas y por barrancos.
Mas mi choza está aqui junto,
en el robledal cercano,
que yo soy pastor de cabras.

JUAN. Pues bien: partid, id volando,
preparad como pudiereis
un lecho donde descanso
encuentre esta dama.
Fuera dejé, al llegar, mi caballo;
á vuestra choza llevadle
y volved, que ansioso os aguardo.

PAST. No tardaré. (¡Oh suerte amiga!
¡él es! ¡quinientos ducados!)
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VI.

MARIA, JUAN.

JUAN. ¡Maria! en la situacion
terrible en que nos hallamos
entrambos necesitamos
alentar el corazon:
escucha, mi bien, sin ira.

MARIA. ¡Aun sigue el horrible sueño!
¡aun sigue! ¡en vano me empeño
en dominar su mentira!

JUAN. Vence, por Dios, tu terror
y escúchame.

MARIA. Yo rezaba
en mi casa... me encontraba
á solas con mi dolor.
Lloraba mi afan perdido,
mi loco amor desdichado:

de repente oigo á mi lado
de extraños pasos el ruido,
me alzo aterrada .. ¡y no sé
lo que ha pasado por mí!
Terrible, airado te ví
un momento... si, si á fé:
eras tú, tú el causador
impio de mi amargura.

JUAN. Mis celos, mi desventura
me disculpen, y mi amor.

MARIA. (Levantándose.)
¡Tu amor! No puedes tú amar.

JUAN. Ciego estoy por tu belleza.

MARIA. ¡Oh! pero es tal tu fiereza
que aun amando has de matar.

JUAN. ¡Qué dices!

MARIA. Todo me espanta
en el trance en que me veo,
y es... que perdida me creo;
es que ante mí se levanta,
por donde quiera, la faz
airada del padre mio;
es que dudo, lucho, ansio;
es que he perdido la paz;
es que, aunque ileso mi honor,
que no hay poder que le venza,
ha quemado la vergüenza
mi rostro, con fiero ardor;
es que aqui, desesperada,
con honra sin honra estoy;
es que mas que ya lo soy
no puedo ser desdichada.

JUAN ¡Oh, calla, y al alma mia
no arrebates su consuelo!
¡No! ¡no me arrojes del cielo
del amor de mi Maria!
Déjame siempre creer
que ves en mí á un desdichado,
por tu amor purificado
de sus crímenes de ayer.
Quiero ver en tí un amor
cual de una madre, infinito,

que ruegue por el maldito
y que no le tenga horror.

MARIA. Pues bien, sálvate por mí,
y sálvame al par: la suerte
nos trajo á un lugar de muerte;
separémonos aqui.
Busca un lugar apartado
en donde á salvo te veas,
donde, penitente, seas
por el Señor perdonado;
y cuando libre y seguro
estés, cuando á Dios aclames
y en un recuerdo te inflames
de amor infinito y puro,
haz que yo sepa de tí,
y para darme consuelo
dime que ruegas al cielo
y no te olvidas de mí.

JUAN. ¡Oh, de la desdicha mia
conmuévate la amargura!

MARIA. Cuando la tiniebla oscura
desvanezca el claro dia,
con ese honrado pastor
que un asilo me ha de dar,
otro asilo iré á buscar
entre esposas del Señor.

JUAN. No, imposible: esfuerzo vano
es separarme de tí.

MARIA. Pues bien; no saldré de aqui
sino muerto por tu mano.

JUAN. ¿Por qué esta lucha terrible
si tanto amamos los dos?

MARIA. Porque lucha contra Dios
quien lucha con lo imposible.

JUAN. Jamás imposible hallé
que mi valor no venciera.

MARIA. Tu condicion torna fiera
á ser lo que siempre fué;
tu rebelde voluntad
por todo atropella impia:
tu soberbia desafia
al mundo, á la eternidad.

Pues mira cómo ha de ser,
que tu soberbia iracunda
no se deshaga y se hunda
ante una débil mujer.

JUAN. ¡Débil! ¡Te ampara el amor
que abrasa mi ser entero!
Si te obedezco ¿qué espero?

MARIA. ¡La bendicion del Señor!
¡mi amor que, eterno, doliente,
durará mas que mi vida!
Por el martirio ceñida
de espinas, alza la frente
al cielo, y del corazon
que el infortunio devora,
pura, ardiente, salvadora,
eleva á Dios tu oracion.

JUAN. ¿Y si tú... si tú algun dia
á otro amases?...

MARIA. ¡Ay de mí!
cuanto amor tuve te dí
de amor ciega el alma mia!
¡Ah! muy pronto te amaré
allí do la muerte impera:
sufre cual sufro y espera,
ten fé cual yo tengo fé.

JUAN. ¡Yo estoy loco!...

MARIA. ¡Calla! ¡mira!
(Señalándole al Pastor, que ha entrado un momento antes por la izquierda.)

JUAN. ¡El Pastor!

ESCENA VII.

DICHOS, el PASTOR.

PAST. Todo está allí
dispuesto: vamos de aqui:
del viento arrecia la ira,
y es como boca de lobo
la noche, de oscura y fea.
Con que á la cabaña, ¡ea!
tengo un cabrito en adobo,

buen vino, sabroso pan,
en el hogar un buen fuego,
y de pieles de borrego
lechos que contento dan.

MARIA. Vete, sálvate, valor,
no dudes de mi firmeza,
recobra tu fortaleza
y vive... para mi amor.
Pues llegó de la partida
el plazo, no le alarguemos.

JUAN. Es verdad: si, terminemos
esta amarga despedida.

MARIA. ¡Adios!

JUAN. ¡Oye!

MARIA. (Al Pastor, saliendo por la izquierda.)
Guiad vos.

PAST. ¿Y vos, os quedais?

JUAN. Salid.

PAST. Pero...

JUAN. Á esa dama seguid.

PAST. Mas ved...

JUAN. ¡Idos, vive Dios!

ESCENA VIII.

JUAN.

Permanece un momento inmóvil y abatido junto á la puerta de la izquierda.

¡Solo! ¡se aleja! ¡se vá!
¡de su traje la blancura
se pierde en la sombra oscura!
¡Todo tinieblas es ya!
¿De mi valor, qué se ha hecho?
¿Qué de mi audacia infinita?
Débil apenas se agita
la helada sangre en mi pecho.
¡Oh! ¡miserable valor
que asi se llega á perder,
que asi vence una mujer
en un ensueño de amor!

¡Amor! ¿quién sabe? tirana
mi esperanza ha destruido;
tal vez mira en mí al temido,
al terrible Lorenzana.
Si me amara .. triunfaria
de todo su amor... ¡me deja!
¡El retiro me aconseja!
¡Á la soledad me envia!
Y otro tal vez... ¡no! ¡jamás!
Sus encantos me enloquecen
y los celos me embravecen,
y me alienta Satanás.
Si un momento he sucumbido
á sus súplicas, cobarde,
nada importa, que aun no es tarde
para cobrar lo perdido.
Del fuego de mi pasion
el tormento horrible pruebo,
y si la pierdo, me llevo
la muerte en el corazon.
¡Ah, no! ¡mi amante ó mi hermana,
partirá la vida mia!
(Llegando á la puerta de la izquierda.)
Entre la noche sombria,
refleja la luz cercana
de la choza del Pastor:
allí mi esperanza está,
Maria me seguirá
con amor ó sin amor.
Mi condicion torna brava
á ser lo que siempre fué:
mi esclava de amor la haré
si no es de mi amor esclava.
(Volviéndose despues de una ligera pausa á la estátua mortuoria.)
Y tú, muerto, que me viste
temblar, al dolor rendido,
olvida si lo has oido
lo que entre sueños oiste:
de un momento de pavor
que en mí hallaste, no te asombres,
que puede mas que los hombres

con los hombres el amor.
Insensato pretendí
dejar de ser lo que he sido,
y pues no lo he conseguido
á ser vuelvo lo que fuí.
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

LEBREL Entra, con la linterna encendida, por la puerta de la derecha.

¡Ah de casa!
(Reconociendo el lugar donde se encuentra.)
¡Un panteon!
¡no importa! Dios guarde al techo
que me libra del deshecho
azote de este turbion.
(Volviéndose á la puerta por donde ha entrado y hablando alto, como si se dirigiese á una persona que se supone fuera.)
Tened cuidado al bajar:
si no os rompeis la cabeza.
(Para sí.)
¡Qué noche! ¡y con qué fiereza
se nos pone á diluviar!
Corriendo la carabana
desde ayer, estoy rendido:
ya se siente que ha venido
el maldito Lorenzana.
(Mirando á través de la puerta.)
¡Llegan! ¡oh! ¡gracias á Dios!

ESCENA X.

LEBREL, DOÑA ANA, el TENIENTE ALCALDE MAYOR, por la izquierda, con una linterna encendida.

ALC. Ya que á cubierto nos vemos,
de lo que querais hablemos.
ANA. Amparo buscan en vos
mis desventuras amargas.

ALC. Que aqui esteis me maravilla,
que hay de este sitio á Sevilla
doce leguas.
LEB. ¡Y cuán largas!
ANA. Al Asistente busqué,
y ya de Sevilla ausente
se encontraba: al Asistente
quiero hablar, pues le encontré.
Vengo llena de dolor
á buscarle: sé que osado
hija y honra le ha robado
un terrible malhechor.
ALC. No temais, que perseguido...
ANA. ¡Ha muerto!
ALC. No; pero ya
alguien sabe dónde está.
Don Felix ha conseguido
noticias por un pastor.
—La persona que buscais
—le ha dicho—á tenerla vais
en mi cabaña, señor.
ANA. ¿Pero dónde? ¿dónde?
ALC. En vano
á don Felix pregunté.
—Yo, Alcalde, le prenderé
—me respondió—por mi mano.—
ANA. ¿Y hace mucho?...
ALC. Hace un instante
que don Felix me habló asi.
ANA. ¿Y el Asistente?
ALC. De aqui
ha de estar poco distante.
ANA. El cansancio, la ansiedad,
me abaten: en vano quiero
ir donde esté; mas espero
que ireis vos.
ALC. Mi voluntad
á complaceros se allana.
ANA. Id: decid al Asistente
que está aqui la penitente
de la ermita de Santa Ana.
Mi esperanza pongo en vos:

id: que le pueda yo hablar
al punto.

ALC. No ha de tardar.
Voy á avisarle.

ANA. ¡Id con Dios!
Vos, Lebrel, esperad fuera.
(El Alcalde y detrás Lebrel se van por la izquierda.)

ESCENA XI.

DOÑA ANA.

¡Qué horrible lugar! ¡la muerte
silenciosa, helada, inerte,
aqui por do quier espera!
Todo es lúgubre en redor:
alza allí su mármol frio
un sepulcro, y es sombrio
de esa lámpara el fulgor.
¡Esa estátua!... ¡En mí sus ojos
con ansia fijarse veo!
¡En el blanco mármol creo
encontrar matices rojos!
Mi turbado pensamiento
se lo finge... si .. si tal...
Esa estátua sepulcral,
del orgullo monumento,
ni siente ni mira en mí
á la infame parricida,
que de horror estremecida
busca á sus hijos aqui.
¡Aqui!... ¡en un sepulcro!... ¡Ah!... ¡no!...
¡Mis hijos! ¡Oh Dios clemente!...
¡Por qué ha de herirles la frente
el rayo si existo yo!
¡Y aun tus ojos torva inclinas,
fiera estátua, sobre mí,
y me arrastras hácia tí,
y terrible me fascinas! ..
¡Tu nombre quiero saber
si en el mármol le han escrito,
porque al mirarte me irrito,

gozando en mi padecer!
¡Y si le han escrito!... ¡si!...
¡Aqui los restos estan!...
¡de don César... de Guzman!!!...
¡Oh, padre! ¡piedad de mí!...
(Cae de rodillas al pie de la tumba)

ESCENA XII.

DICHA, el ASISTENTE, el ALCALDE.

ASIST. ¿En dónde está?
ALC. Vedla.
ASIST. ¡Orando!
Alcalde, quedarme quiero
solo con ella.
ALC. ¿Os espero?
ASIST. Si, esperad: id acercando
toda la gente.
ALC. Lo haré.
ASIST. Hasta luego.
ALC. Adios quedad.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, el ASISTENTE.

ASIST. Tengo en el alma ansiedad,
me vá faltando la fé
en mi valor. ¡Ana, escucha!
ANA. (Volviendo en sí de su abstraccion y levantándose violentamente)
¡Ah! Lorenzo!...
ASIST. Te adivino:
como yo con mi destino
vives con el tuyo en lucha.
¿Qué me quieres?
ANA. Del dolor
la dura senda prosigo,
y vengo á partir contigo
mi desventura y mi horror.

ASIST. La afrenta que en nuestra hija
recibimos, de tal suerte
he de vengar, que la muerte
del traidor, lenta, prolija,
á las gentes dará espanto.

ANA. ¡Ah, no! ¡No busco venganza,
que nuestro poder no alcanza,
por nuestra desdicha, á tanto!

ASIST. Está cercado el infame,
y no logrará escapar.

ANA. ¡Ay de tí si das lugar
á que sangre se derrame!
¡que al verter la sangre suya,
sin saberlo, enfurecido,
si no te encuentro has podido
verter, Lorenzo, la tuya!

ASIST. ¡Habla! ¡di! ¡No te comprendo!

ANA. ¡Bien mi padre nos maldijo!

ASIST. ¡Acaba, acaba!

ANA. ¡Es mi hijo
ese que vas persiguiendo!

ASIST ¡Qué dices!

ANA. Discursos vanos
que tiempo robar evitan:
como tu raza es maldita,
se han amado y son hermanos.

ASIST. ¡Ana! ¡qué horror!

ANA. Si; te ensañas
con él, y vida le diste!
Cuando sola quedé ¡ay triste!
ya alentaba en mis entrañas!

ASIST. ¡Oh, Dios! ¡si no fuera tarde!
¡si se pudiera evitar!

ANA. Tiempo no dejes pasar
cediendo al terror, cobarde.
¡Llama! ¡impide! ¡de un momento
de tardanza está pendiente
el que en nosotros aumente
su furia el remordimiento!

ASIST. Si, si, es cierto. ¡Alcalde! ¡á mí!
(Yendo á la puerta de la izquierda.)

ALC. (Apareciendo en ella.)

¿Qué mandais?

ASIST. ¡Pronto! juntad
la gente, y con ella entrad
sin que falte un hombre aqui.
(Desaparece el Alcalde.)
Dios no querrá que á un delito
otro delito se aumente.

ANA. Nuestro pecado en la frente
lleva el infeliz escrito.
Predestinado nació:
ha sido el crímen su herencia,
y deudas de tu conciencia
y de la mia pagó.
Y en vano su ansioso anhelo
queremos que el mal se evite:
Dios la maldicion repite
de los padres, en el cielo.

ASIST. Pero aun queda una esperanza...
tal vez impedirse pueda...

ANA. Si... si... ¡es verdad! aun me queda
el placer de la venganza!

ASIST. ¡La venganza!

ESCENA XVII.

DICHOS, el teniente ALCALDE mayor: cuadrilleros y alguaciles; algunos de estos con linternas.

ALC. (Dentro, pero ya junto á la puerta de la izquierda.)
¡Por aqui!
¡entrad!

ANA. (Al Asistente.) ¡Oh placer! ¡tu gente!

ALC. (Entrando.)
Por órden del Asistente,
entrad todos.
(Entra el acompañamiento indicado, y se extiende por el fondo de la escena.)

ASIST. (Al Alcalde.) ¿Todos?

ALC. Si,
mas la gente de Cazalla,
con don Felix, no he podido
por mas que lo he pretendido,
descubrir dónde se halla.

ANA. ¡Ah! ¡don Felix! ¡suerte impia!
ALC. Del malhechor al alcance
vá, señor, á todo trance,
ayudándose de un guia.
ASIST. ¡Id! ¡decidle!...
ALC. Del malvado
vá á castigar la vileza:
su sentenciada cabeza
vos mismo habeis pregonado.
ASIST. ¡Alcalde! ¿quién manda aqui?
ALC. ¡La ley!
ASIST. Pues la ley soy yo,
que el rey la ley me entregó,
y la ley existe en mí.
ALC. Amparando á ese hombre, insulto
haceis, señor, á la ley.
ASIST. Aqui represento al rey,
y en nombre del rey le indulto.
ALC. ¡Ah! pues entonces á fé
sobramos mi gente y yo.
ASIST. Id, Alcalde... pero no,
yo mismo, yo mismo iré.
¡Mi ronda conmigo!
(Se dirige á la puerta de la izquierda: un grupo de alguaciles adelanta para seguir al Asistente: al llegar este á la puerta se detiene.)
¡Ah!
ANA. ¿Qué te asombra?
ASIST. Un débil grito,
desesperado, infinito,
de una mujer: resuena ya
mas doliente, mas cercano.
¡Escucha!
ANA. (Escuchando con ansiedad.)
¡Es ella! ¡Es Maria!
MARIA. (Dentro y lejos.)
¡Padre!
ANA. ¡La desdicha mia
esperó, y esperó en vano!
MARIA. (Dentro y mas cerca.)
¡Padre!
ASIST. Me hiela el terror.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARIA, que entra precipitadamente y se detiene al entrar en escena.

MARIA. ¿En dónde estoy? ¡cuánta gente!
¿Habeis visto al Asistente?
ANA. ¡Maria!
MARIA. (Á Doña Ana.)
¿Quién sois? Amor
encuentro en vuestra mirada.
Yo os he visto... ¿dónde? ¿cuándo?
Mi memoria está luchando
y no me acuerdo de nada.
ANA. ¡Hija de mi desventura!
MARIA. No tengo madre: murió:
al darme vida encontró
la triste su sepultura.
ASIST. ¡Oh, señor, cuánto es cruel
de tus enojos la ira!
MARIA. Mi ilusion fué una mentira,
que se ha deshecho entre hiel.
¡Llorais!... (Al Asistente.)
ASIST. Nacida en mal hora,
¿por qué fuí tu padre yo?
MARIA. ¡No eres tú mi padre, no;
que mi padre nunca llora!
¡mi padre me mataria,
porque es implacable y fiero,
y... ¡como vivir no quiero!
¡mi despecho hablarle ansia!
ASIST. ¡Ay de mí!
MARIA. De mi dolor
quiero que guardeis memoria,
es muy triste... es una historia
de desventura, de amor.
¡No la quereis escuchar!
¡oh!... ¡qué decis!... ¡tengo miedo!...
¡me señalais con el dedo!...
¡me escarneceis al pasar!
¡Vedla!... ¿vedla!... ¡es la liviana!

¡ah! ¡no! ¡mentira! ¡impostura!
¡está mi frente mas pura
que el albor de la mañana!
¡Callad! ¡en la tumba, inerte,
descansa ya el desdichado!
¡mi amor está consagrado
por el martirio y la muerte!

ASIST. ¡Ah!

ANA. ¡Qué dices!

MARIA. ¡Gente suena! ..
¡con ella viene la saña
de mi padre!... ¡la cabaña
de armada gente se llena!
Y él... ¡oidle!... «pues la suerte
asi me llegó á faltar,
ninguno me ha de matar
pudiendo yo darme muerte!»
Ved... ¡la daga en su despecho
del cinto se arranca airado,
y la esconde el desdichado
hasta la cruz... en su pecho!

ANA. / ASIST. ¡Ay!!

MARIA. ¡Sangre!... ¡sangre!... ¡qué horror!
¡Nadie... nadie... le socorre!...
¡Ay!... ¡esa... sangre... que corre...
es... la sangre... de mi amor!...
(Cae: Doña Ana, la contempla un momento desesperada, y se vuelve terrible á la estátua mortuoria.)

ANA. ¡Padre!! ¡padre!! ¡Tú que airado
á mis hijos maldijiste:
pues malditos los quisiste,
duerme en paz: ya estás vengado!!!

ASIST. (Con terror.)
¡Tu padre!!

ANA. ¡Si!! ¡ante los dos
aqui los restos estan
de don César de Guzman!

ASIST. (Cayendo de rodillas.)
¡Misericordia de Dios!!!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 9 *de julio de* 1860.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

uera de la ri... a.
del valle.
bres de Madrid.
naje y pasion.
ad en la cadena.
nta exótica.
oma y los balcones.
ujeres.!
titud y el amor.
en martes!!
titud de un bandido, tercera parte de Diego Corrientes.
talla de Covadonga.
rella de la esperanza.
zos de la familia.
riposa.
uid pro quos.
enta del zapatero.
la semilla.
ella del pecado.
enta del zapatero.
aridos.
ocresía del viejo.
a del gallo.
tera de Murillo.
l de leon.
mpana de la Almudaina.
ida mortuoria.
sa y el bolsillo.
a en el ojo ajeno.
oros del Riff.
ecados de los Padres.
fieles.
ricaturas.
má.
ojo.
a Labarlú.
ruido y pocas nueces.
Zurbano.
d en 1818.
ades.
y María.
as dulces.
y mi sobrina.
y Blanco.
no se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo método de buscar marido.
Olimpia
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.
Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pelayo.
Pecados veniales.
Por derecho de conquista.
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién vive!!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.
¿Quién es el padre?
¡Que convido al Coronel!...
Rival y amigo.
¡Rico... de amor!
Reo y juez.
Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!
Santo y peana.
¡Santiago y á ellos!
Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifneque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un sí y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.
Una equivocacion.
Un retrato a quema ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo
Un verso de Virgilio.
¡Un Tiberio!
Un pollo y un viejo.
Vanidad y pobreza.
Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

ca y Medoro.
de buena ley.
(*Música.*)
Vizconti.
t mas feo.
s noches, vecino.
n el aventurero.
ina la Gitana.
o y Marte.
de D. Juan.
lo ahorcaron á Quevedo.
para ver.
y Flora.
Crisanto, ó el Alcalde propor.
senando.
etrino
sayo de una ópera.
mete.
lesero y la maja.
zconde.
rro del hortelano.
uestro de un difunto.
ncero.
lirio (drama lírico).
minó azul.
dos de carnaval.
stillon de la Rioja (*Música*).
undo á escape.
vio pasado por agua. (*Mús.*
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El Zuavo.
El diablo las carga.
Farinelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
Los conspiradores.
La modista.
La Toma de Tetuan.
La huerfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista.
La guerra de los sombreros.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo. (*Música.*)
Marina.
Moreto. (*Música.*)
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una.
Tal para cual.
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.